

Sábado Literario

LETRAS

ARTES

CIENCIAS

TEMAS DE LA CULTURA

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

Suplemento semanal
del diario PUEBLO

Sábado 22 de noviembre
de 1980

Escribe Andrés AMOROS

SOBRE EL ESTILO DE RAMON PEREZ DE AYALA



Ramón Pérez de Ayala con Miguel Rodríguez Acosta, en 1913, en La Alhambra.

El centenario de Pérez de Ayala es la ocasión para que hablemos y escribamos sobre su obra los que la hemos leído con gusto. Personalmente, tengo algo de mala conciencia de dar demasiado la lata con este tema. En estos días van a aparecer dos ediciones que he realizado: la de «Tigre Juan» y «El curandero de su honra» (en la colección Clásicos Castalia), y el epistolario que titulo «Cincuenta años de cartas íntimas a su amigo Miguel Rodríguez-Acosta» (también en Ed. Castalia, en colaboración con la Caja de Ahorros de Asturias). A la vez, he estado hablando de Pérez de Ayala ante diversos públicos. En contra de lo que pueda imaginarse, no resulta demasiado divertido para uno resumir en una conferencia un tema al que se le ha dedicado larga atención. En cambio, sí es interesante oír lo que opinan los demás —sobre todo, si son «gente normal», no profesionales de la literatura, sobre un autor que uno ve, inevitablemente, con la deformación del especialista.

En las entrevistas, en los coloquios sobre Pérez de Ayala suelen surgir, una y otra vez, preguntas muy repetidas. Para este Pueblo literario, que tan bien pilota mi querido amigo Dámaso Santos, me ha parecido interesante recordar una de estas preguntas, y darle respuesta clara y escueta, casi telegráfica, desde mi personal punto de vista.

La crítica académica suele señalar el lenguaje de Pérez de Ayala como una de sus mayores virtudes literarias. Es un lenguaje culto, clásico, con sabor de «arcaizante moderno», según el título del estudio de Guillermo de Torre (en su libro «La difícil universalidad española»). A la vez, comprendo muy bien que ese lenguaje puede significar un obstáculo para que aprecien debidamente a Pérez de Ayala muchos lectores actuales y no pocos escritores de sensibilidad diferente (mi admirado Francisco Umbral, por ejemplo). Téngase en cuenta que esto no es ex-

clusivo de Pérez de Ayala. Lo mismo podría decirse de Azaña, de Gabriel Miró, de Ortega: todos ellos, rigurosos contemporáneos y compañeros de sensibilidad dentro de lo que he llamado la generación liberal de 1941.

Ayala —como Azaña— se ha nutrido, desde niño, en la lectura de los clásicos españoles, que él trasladó «a lo erótico» de manera brillante y escandalosa. Baste con mencionar, como ejemplo, el relato de la joven que quiere ser prostituta, usando frases tomadas de Santa Teresa usando frases tomadas de Santa Teresa de Jesús, en «Troteras y danzaderas». (No olvidemos que «épater le bourgeois» era actitud importante en la literatura española de estos años, como estudió magistralmente Gonzalo Sobejano).

Por otro lado, el estudio de Pérez de Ayala es más complejo de lo que suele creerse. Disponemos ahora de un minucioso estudio, el libro de José Manuel Gon-

zález Calvo, titulado «La prosa de Ramón Pérez de Ayala» (Universidad de Salamanca, 1979). Allí está documentada ampliamente su técnica de formación de palabras, la estructura de su prosa y, sobre todo, el complejo entrecruzamiento de popularismos, formas jergales, tecnicismos, asturianismos, voces expresivas, arcaísmos, cultismos...

Como he señalado en otras ocasiones, conviene olvidar un poco el mito romántico de la espontaneidad: Pérez de Ayala es natural cuando utiliza esquemas retóricos; se expresa con toda confianza en formas cultas, clásicas. A su gran amigo, Miguel Rodríguez-Acosta, le escribe, por ejemplo, estas frases: «Cuando Febo había ocultado ya su rubicundo rostro por poniente y los faroles parpadeaban en las indecentes calles de la villa de los osos sin madroño (...). De los sobacos de la hembra subía un vaho suavísimo con fragancia de lilas blancas y acritud de sudor de mujer limpia» (carta primera del epistolado que voy a publicar). A la vez que desnuda su intimidad, evidentemente, Pérez de Ayala está haciendo literatura.

Muchos encontrarán pedante este estilo. Permítanme sólo una apostilla: en bastantes ocasiones esta pedantería es voluntaria, consciente y está templada por la ironía, por la autocrítica. Pérez de Ayala es el primero que se burla de sí mismo.

Es ese humor tolerante, comprensivo con las debilidades humanas —recuérdese, por ejemplo, el final de «Belarmino y Apolonio»—, lo que salva siempre a Pérez de Ayala. Su raíz asturiana es muy clara: su maestro, Clarín. En los dos, una poderosa inteligencia crítica y una enorme capacidad para el sarcasmo se suavizan con la bondadosa ironía.

Muchas veces me preguntan si no me aburro de seguir hablando y escribiendo sobre Pérez de Ayala. Creo que no, porque, para mí, no es algo académico, «profesional», sino una relación personal. En todo caso, aun en los momentos de posible cansancio, me sigue deslumbrando la inteligencia de Pérez de Ayala y sigo divirtiéndome con su sentido del humor: eso es lo principal.

Y eso está anclado en una circunstancia local y temporal muy concreta. Su universalidad va unida a su asturianismo profundo. Me asustan un poco los estudios muy técnicos, en los que el análisis de sus paralelismos, simetrías y símbolos puede oscurecer un poco la ironía entrañable, asturiana. Por eso me gusta repetir que hay que volver a Oviedo, al Fontán, para entender lo que significan Tigre Juan y Herminia, Vetusta y Pilares; para acechar la sombra inquieta de Ana Ozores, para oír los gritos de las vendedoras, beber agua en el nuevo «cañu», recordar las representaciones de la Barraca, mirar pegatinas autonómicas y revistas pornográficas, oler las frutas y hortalizas, y ver cómo va cambiando la plaza a lo largo del día, mientras suenan las horas y nos asusta el estallido del carillón de la Escandalera.

Posdata: Hace unos días, en estas mismas páginas, se preguntaba Francisco Ynduráin por un proyecto de libro de Pérez de Ayala, del que tuvo noticias a través de Quiroga Pla. En realidad, el libro llegó a publicarse, aunque sea algo raro. Yo poseo un ejemplar. Copio, integra, la cubierta: «Ramón Pérez de Ayala: Ramoneo. London, primer suplemento de «1616». Concha Méndez y Manuel Altolaguirre. Impresores, «1935».

Se imprimieron 150 ejemplares numerados. Comprende dos breves composiciones poéticas nuevas («Ars poetica» y «Curriculum vitae»), y los poemas incluidos en sus libros de relatos *Prometeo*, *Luz de domingo*, *La caída de los limones* y *El ombligo del mundo*. Teniendo en cuenta quiénes fueron los impresores, no hace falta ponderar la pulcritud y el gusto de la edición.



Escribe
Antonio
HERNANDEZ

«Homo loquens»

• Premio Círculo de Bellas Artes de Madrid

Cuando se tienen varios trabajos inéditos apalabrados con editoriales o colecciones de poca monta económica no se sabe cuál va a ser el próximo libro, por la sencilla sospecha de que no se sabe cuál va a ser la próxima editorial en quebrar. Por dicho razonamiento y consiguiente enigma melancólico el poeta español medio, que tanto escribe y difícilmente publica, ha de atenerse a arbitrios raramente identificados con su deseo, en el sentido de que, si salta la liebre, a lo peor es la liebre endecasílaba más antigua y ya un poco madura, o dura, para los dientes críticos.

En mi caso, parece que va a ser mi obra *Homo loquens* la más cercana a salir, por eso de que ha ganado un premio de medio millón que, si no surge el milagro, servirá solamente para costear las impresiones de mis abundantes ejercicios en busca de una poesía lejana al panfleto o al desmayo decadente. Por tanto, voy a hablar de *Homo loquens*, dentro de las limitaciones teóricas que un libro propio ofrece cara a la develación de un contenido que no se explica sino en sí mismo o, al menos, en sí mismo se da más reveladamente.

(Pasa a la pág. siguiente.)



Escribe
Alfonso
GROSSO

«El correo de Estambul»

«El correo de Estambul» —mi próxima novela, o, mejor dicho, la que está a punto de aparecer; concretamente, será presentada a la Prensa y a la crítica el día 26 de noviembre— es el tercer libro de los que me propuse escribir sobre crímenes, espionajes y aventuras. Imaginé por entonces una «trilogía» que inicié con «La buena muerte», continué con «Los invitados» y ahora se cierra con «El correo de Estambul».

Pienso, desde el punto de vista del autor, que el «Correo de Estambul» es la novela más lograda de las tres. Quizá las dos primeras, pero sobre todo la primera, no fueron más que aproximaciones y tanteos en un terreno literario que, pese a fascinarme, me había sido hasta entonces ajeno. La culminación de este proceso de creación en «El correo de Estambul» me hace pensar que el esfuerzo mereció realmente la pena. De las tres, ya digo, es la novela de la que me siento más satisfecho.

Cuentan inevitablemente en el texto sus coordenadas en razón de su toponimia. Y soy consciente de que los escenarios: Grecia, Israel, Egipto y Turquía, y, sobre todo, el Mediterráneo oriental, con toda su magia, le han dado a la novela un importante soporte para desarrollar brillantemente la peripecia. Por otro lado,

(Pasa a la pág. siguiente.)





Escribe Leopoldo AZANCOT

THRILLER
Y METAFISICAEl primer
Graham Greene

La reedición de las obras iniciales de Graham Greene, que está llevando a cabo Luis de Caralt Editor, merece todo aplauso: este novelista inglés, caído desde hace tiempo en una esterilidad distinguida, acertó durante los años finales de la década de los treinta e iniciales de la de los cuarenta a conferir una dimensión nueva, enriquecedora a la novela de aventuras anglosajona. Historia de una cobardía, que acaba de aparecer de nuevo entre nosotros, lo prueba.

Este relato de la persecución de un delator por el jefe de la banda de contrabandistas a la que ha traicionado introduce una inquietante —y en absoluto dogmática o específicamente católica— problemática ética en el seno mismo del thriller. Gracias a ella esta modalidad literaria, cuya fascinación resiste como pocas al paso del tiempo, revela sus más secretas potencialidades en un proceso semejante, aunque de distinto signo, al operado por los maestros norteamericanos de la novela negra. Creo, sin embargo, que el máximo beneficiario del proceso en cuestión no fue tanto el thriller como esa problemática moral a que aludí más arriba. En efecto, gracias a los prestigios de la novela realista de acción, cuestiones éticas que habían acabado por convertirse en abstractas, por quedar desligadas de la vida común, recuperaron su carácter acucioso de siempre. El resultado fue una suma de relatos en los que los derechos de lo imaginario y los de lo real quedaban satisfechos, con la consiguiente dinamización del papel del lector, que de tal forma perdía sus pretendidos derechos a la pasividad.

¿Cómo perdió Graham Greene esa capacidad, de que tan cumplidamente da muestras en Historia de una cobardía, para devolver a lo narrativo su función social? Tiendo a pensar que como consecuencia de haber roto el equilibrio entre su comprensión de lo humano y la conceptualización de las leyes que rigen el comportamiento del hombre: la ambigüedad de la vida humana, lo contradictorio y vario y movido de la misma, acabaron por onubilarlo, haciéndole perder de vista la convicción de que bajo todo ello existe un sentido, aunque el mismo resulte irreductible a cualquier tipo de generalización apresurada.

ESOTERISMO

EL CASO MUSULMAN

A pesar del glorioso pasado islámico de nuestro país, y de que es innegable que en el presente siglo ha crecido aquí la revalorización científica y universitaria del mismo, la verdad es que lo mejor del pensamiento musulmán no ha encontrado entre nosotros la acogida que se le debe: la filología, la historia del arte, siguen atrayendo más que la filosofía o la mística del Islam español. En consecuencia, hay que destacar la publicación en castellano de Esoterismo islámico, de Titus Burckhardt (Taurus Ediciones), libro que constituye una introducción especialmente idónea a la materia que aborda.

Los actuales esoteristas de Occidente, entre los que destaca Burckhardt, se enfrentan con las manifestaciones místicas de las diversas religiones desde una perspectiva de rara justeza: se considera que el acceso a la divinidad, a su misterio, se lleva a cabo por caminos muy distintos, específicos de cada una de dichas religiones, y todos igualmente verdaderos, auténticos. ¿Qué quiere ello decir? Que se ha abandonado de raíz la tentación sincrética, que hasta tal punto seduce a los confusionarios de todo pelo, tan abundantes entre nosotros, y que se aborda cada manifestación mística con un distanciamiento,

no reñido con la comprensión más profunda, que hace las veces de garantía de científicidad. Gracias a ello podemos disponer de libros, como el presente, en los que el bagaje cultural occidental del autor sirve para facilitar el paso del lector a mundos ignotos, mundos de su propio pasado, de su propia entidad comunitaria, o lo que es lo mismo: en las mejores disposiciones para entender en profundidad, para anexionarse una experiencia ajena sin renunciar a la suya personal.

El sufismo musulmán es una múltiple vía a lo numinoso, cuyo descubrimiento sorprenderá a muchos. A igual distancia de las místicas cristianas que de la judía los hombres que lo ilustraron reservan al profano revelaciones inquietantes. Dadas las dimensiones del presente libro, Titus Burckhardt tiene que contentarse con explicitar aquello que constituye el basamento común de cada aventura espiritual, pero ello lo hace con una claridad y con una delicadeza intelectual muy encomiables. ¿Sorprenderá a alguien que el español Ibn Arabi sea el único místico a quien consagra dos capítulos? No; si se tiene en cuenta el hecho de que el mismo está reconocido como una de las cumbres del pensamiento místico musulmán.

RECUADRO
LATINOAMERICANOTRAS
DE BORGES

La influencia de Borges sobre el mundo cultural de lengua española ha sido negativa en términos generales: malentendiéndolo, se ha visto en él un mero retórico, y en su obra, un acicate para la práctica de esa pomposa vacuidad verbal que algunos confunden con la literatura. Manual del distraído, de Alejandro Rossi (Editorial Anagrama), prueba, sin embargo, que existe ya una posteridad positiva del maestro argentino, y que se puede ser borgesiano sin incurrir en lo que el autor de El Aleph llama «las descansadas artes del plagio».

El mejicano Alejandro Rossi, en efecto, ha leído correctamente a Borges, y ha sacado de dicha lectura la lección correcta, poniendo en práctica un modo de escritura que si depende aún, formalmente

y no, de la del argentino, puede ser calificada de personal y de muy beneficiosa para nuestra cultura por cuanto da de lado a los vicios mayores de ésta, que se llaman, por ejemplo, dogmatismo y provincialismo.

Los textos reunidos en Manual del distraído transitan entre el ensayismo y lo narrativo, lo que revela una concepción literaria del pensamiento cuya riqueza en virtualidades sería difícil exagerar. Una concepción tal sólo resulta posible cuando entre el hombre y lo dado se interpone el mundo de la cultura, que actúa como filtro entre uno y otro, siendo de destacar el hecho de que esa promoción inusitada de lo cultural puede ser vista como un intento casi desesperado de ponerle puertas al campo del nihilismo, sin cesar creciente.



Lo que asegura la originalidad del pensamiento de Alejandro Rossi en el mundo de nuestra lengua es, ante todo, que se trata de un pensamiento personal —quiero decir, fruto de un hombre que al pensar, se piensa—; luego, que ese pensamiento se muestra como radicalmente agnóstico —no tiende a la verdad con mayúscula, sino a una verdad de uso, por así decir, modesto hilo de Ariadna en el laberinto de la perplejidad contemporánea—; y, en fin, que dicho pensamiento no trasciende lo que lo motiva, permaneciendo muy próximo a sus objetos, en los cuales, la distinción entre natural y cultural resulta altamente problemática.

Un libro, pues, Manual del distraído, estimulante por encima de todo.

(Viene de la pág anterior.)

"EL CORREO
DE
ESTAMBUL""HOMO
LOQUENS"

Homo loquens, que yo traduzco con harta heterodoxia como hombre hablador, y no como hombre elocuente, viene a suponer la medida más ajustada de mis propuestas inmediatas anteriores, si descartamos la fijación temática de Andalucía y la inmersión en sus problemas políticos, que intenté extender a protesta universal. Por lo demás, están presentes la indagación en el misterio, el amor personal o el retrotraimiento a la infancia, desde la que se manifiestan las constantes de nuestra patria lingüística y poética.

Puedo decir también que ha sido un libro de gestación súbita, rotunda, con posterior análisis crítico. De repente sentí el tirón, la llamada, y esa angustia, o ese escalofrío, planteó su cosmogonía informe para que se cumplieran, tras el arrebatado intuitivo, las dos fases restantes en la ley de la génesis de los sistemas culturales: la razón y la experiencia empírica. Juan Ramón Jiménez lo dijo más sencillamente: toda obra válida de creación es el resultado de someter lo espontáneo a lo consciente. Y es que de la misma manera que el estudio sensorial a secas ha producido horribles resultados, lo

los personajes, tan sofisticados y tan de nuestro tiempo, en un mundo como el que vivimos, tan conflictivo y contradictorio, dan al libro una dimensión de cosmopolitismo de primera mano, no de biblioteca —ya que todo el texto fue escrito sobre la marcha e in situ— al que, hasta ahora, no había abordado —al menos que yo sepa— ningún novelista en lengua castellana.

Es evidente que estimo exagerados parte de los elogios que del libro hace en la portadilla la editorial, al asegurar que la novela supera en intriga y misterio a las de Frederick Forsyth, Jean Larteguy, Harold Robbins y Graham Greene.

En última instancia, será el público —que no necesariamente la crítica— el que emitirá su veredicto en este sentido.

que ha hecho la intuición a solás no es otra cosa que legarnos millones de intuitivos soñadores que, habiendo acertado con una idea, no fueron capaces de desarrollarla, clasificarla y clarificarla, aplicándola a la construcción de un sistema original.

Yo no sé si el conjunto de mi nuevo libro va a cumplir el resultado apetecido, pero sí puedo decir que le he intentado lúcidamente, buscando por todos los medios a mi alcance la penetración en la zona oculta de las cosas, esas que existen y no son percibibles para ojos normales, comunes. Pero si soy consciente de que la poesía ha girado y la misión primordial del poeta es la misma del mago, también lo soy de nuestra traza cultural y del papel social del escritor, que no debe permanecer ajeno en su torre de versos marfileños y vetustos. Y de la misma forma que he hecho una incursión a lo oscuro, dentro de la uniformación expresiva he plantado cara a lo cotidiano, aprovechándome de la utilización de eso que Luis Rosales llama «tejidos conjuntivos» o zonas de relación que actúan a modo de relajante, por más que en dichas áreas se encuentren los registros más desasosados o emotivos de Homo loquens.

MIGUEL DE UNAMUNO:
HOMENAJE EN LANZAROTE

Ayer comenzó en Lanzarote el homenaje a Unamuno, que el cabildo de la isla, en colaboración con los ministerios de Cultura y Universidades y la Junta de Canarias, así como el Cabildo Insular de Gran Canaria y el Ayuntamiento del Puerto del Rosario.

Trata el presente homenaje de recordar la forzada estancia unamuniana en Lanzarote, desterrado por la dictadura de Primo de Rivera en 1924. Pero trata asimismo de recuperar la huella que la estancia del escritor vasco dejó en la isla, a la vez que la influencia que la isla prestó a Unamuno. En la presentación que del homenaje hizo a la Prensa madrileña el Cabildo Insular, el profesor Indurain subrayó la significación abarcadora de todo lo hispánico que se concreta en la figura de Unamuno y su síntesis de las motivaciones que en su espíritu dejaron tierras tan diversas como Castilla, su Vizcaya natal y el lejano archipiélago.

El homenaje se concreta en una serie de recitales de poesía, representaciones teatrales unamunianas y conferencias sobre el polígrafo a cargo del propio Indurain, Tovar y Sebastián de la Nuez. Al propio tiempo, en Gran Canaria se exhibirá una exposición de bibliografía y objetos personales del escritor. El homenaje concluirá el día 1 de diciembre.

Revista de la Sociedad Española de Literatura
General y Comparada

Acaba de aparecer la revista que la Sociedad Española de Literatura General y Comparada, de la que fue instigador y es animador principal el profesor de Harvard y no de Madrid Claudio Guillén. La revista-anuario saca a la luz ahora su número correspondiente a 1979. Los temas más actuales de la crítica literaria, metodología científica, estética, lingüística, etc., presentados por un nutrido plantel de especialistas y profesores.

Escriben en el presente número, coordinado por Maya Esmerdou Altolaguirre, Jaime Moll, Joaquín Arce, Leonardo Tobar, Ricardo Carballo Calero, José María Martínez Cachero, Francisco Rodríguez Adrados, Manuel Fernández Galiano, Carlos García Gual, Claudio Guillén, María Hernández Esteban, Ignacio Bosque y Antonio García Berrio.

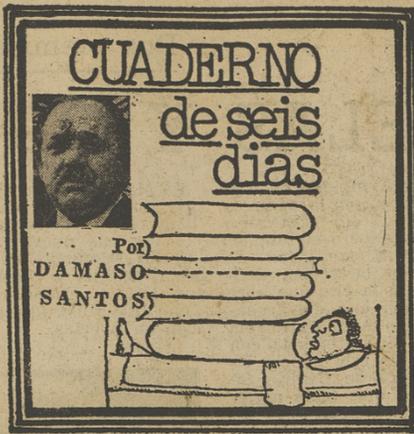
ARANGUREN CON SUS LIBROS Y CRITICO LITERARIO

BIEN, las palabras de homenaje a José Luis Aranguren, jubilado de su restituida cátedra. Aquí nos toca más referirnos al escritor de extensa obra, toda o casi toda brotada para la revista o el periódico en el artículo; artículo de sección fija, columna o artículo del momento. Da la ocasión para esta rúbrica la reedición de «Catolicismo y protestantismo como formas de existencia» (Alianza Editorial). Se publicó por primera vez en 1952 y su redacción data de bastantes años antes. Va con los primeros pasos del escritor. Corregida y aumentada, se reeditó poco después. Un gran éxito. Desde entonces empezamos a decir «talante». Como no había Parlamento ni televisión todavía, el término no sobrepasó apenas el ámbito intelectual. Hoy, cuando su autor se lo cuenta a sí mismo (sin intentar reescribirlo, como hiciera hace poco con otro anterior, «Catolicismo día tras día», convirtiéndose a ratos un auto-Pierre Menard reescribiendo el «Quijote»), el talante y la situación en que el libro se escribiera se define como un encuentro de su cristianismo entre dos influencias: la del catolicismo liturgista, noético, lúdico y ritual y la filosófico-existencial, patética, trágica, que venía de la línea protestante. Por nuestros pagos, ambas líneas podían muy bien representarse en el clasicismo orsiano. Aranguren acababa de publicar un libro sobre D'Ors y en la desazón de Unamuno. El discurso aranguriano representaba una grieta en lo establecido de un catolicismo que contaba —por última vez, pensaba Aranguren— con los intelectuales. Se curaba el autor en salud ante el problema de la censura de influencia eclesiástica con el amparo en la censura eclesiástica. (Una paradoja, como tantas otras de aquel tiempo, difíciles de explicar todavía.)

● Desde entonces, y ya para siempre, las profundizaciones de pensamiento en Aranguren se acompañan de un andante estilístico y un talante crítico que tantas veces lo era literario. El eticismo que tanto la ha caracterizado se compagina con un culturalismo de raíz estética. Pocos han analizado tan agudamente como él a Mauriac, a Graham Greene, y, en este libro también,



a Stefan George y otros grandes escritores. Es claro que en muchos de esos autores el tema religioso ha estado fundamentalmente, y a él iba nuestro crítico. Pero de la misma manera que Amorós ha escrito un libro sobre Eugenio d'Ors como crítico literario (¡qué acertada en él la elección de un párrafo orsiano sobre la prosa de Quevedo!), se podría con Aranguren hacer otro tanto. ¡Qué digo, si tiene un libro de estricta crítica literaria, «Estudios literarios» (Gredos, 1976), en donde se trata con profundidad crítica desde Cervantes y San Juan de la Cruz a Benet y Marsé! Crítica literaria, y aun teoría crítica, son los artículos recogidos en «La cultura española y la cultura establecida» (Taurus, 1975). Antes aún nos tenemos que remontar. Aquellas páginas de su libro de 1952, «Crítica y mediación de 1957» (los artículos son de varios años antes), donde por primera vez se habla de los escritores del exilio español y hay morosidades de análisis literarios, algunos de los cuales son, además de penetrantes, históricamente impagables. Históricamente adrede, que es muchas veces la crítica mejor. Sea este excursus de exaltación del crítico, al margen de la reedición de su libro «Catolicismo y protestantismo como formas de existencia», un parralito de ciertas páginas, sumado al homenaje a Aranguren, que ha saltado a la calle desde una reunión con él en la Universidad.



LOS PROBLEMAS TEORICOS DE ANTONIO MACHADO

UNA poética para Antonio Machado le pareció acertadamente necesaria a Ricardo Gullón, en libro publicado por Gredos en 1970. Contando con los mejores estudios y añadiendo los propios, el libro es un buen —y bello— camino de interpretación machadiana, obtenida de los versos mismos. «Antonio Machado, poeta simbolista», analizará decididamente J. M. Aguirre (Taurus, 1973). Bueno está lo bueno —viene a decir— y a veces no tan bueno como la buena intención, de esas que empiezan el infierno. De mayor altura que las hagiografías machadianas políticas o de simple exalta-

ción humana y civil, es la que continuamente ha alzado de César Vallejo Juan Larrea, señalando al poeta peruano como una figura mística y mesiánica cifrada como tal en vida y obra. Grande es la penetración del poeta Larrea y su labiduría literaria, pero no ha estado mal que algún otro crítico nos haya demostrado que conocía muy bien a Mallarmé. Antonio Machado tuvo conciencia estética de que hacer poético. Lo ve certeramente en su libro J. M. Aguirre. Ahí están sus cuadernos de «Los complementarios». Pero ¿dónde estaban? Fueron apareciendo trozos reveladores y luego repeticiones. En 1972, la edición crítica de Domingo Ynduráin, con estupenda reproducción facsimil. Pero estos cuadernos eran de penosa lectura, pues eran borradores y notas para uso propio, e incluso prohibiendo la publicación. Rota esta prohibición, hacerlo bien. Para Cátedra, ha ordenado «Los complementarios», de Antonio Machado, Manuel Alvar. Realizada la transcripción, los ha ordenado por materias y significación. Con un estudio introductorio que deja bien claras todas las cuestiones. Estudio hecho con el saber lingüístico e histórico del profesor, y con la sensibilidad de un crítico a quien viene preocupando los problemas teóricos de la creación de nuestros escritores contemporáneos. (Valgan de ejemplo los verificados sobre Aleixandre y Jorge Guillén.) Un Antonio Machado teórico desde el mismo. Con sus comprensiones e incomprensiones, con sus entusiasmos y sus fobias. Que teoriza sobre la poesía en el general y su aventura en ella. Machado, que repudia el barroco y antologiza a Góngora, que traduce poesía simbolista, que conoce bien a algunos de los últimos, aunque repudia la que cree paralizadora intelectualización. El enemigo de la metáfora, que tan eficazmente metafórica, ¡ajo con su sencillez! Hay un momento en que Alvar —el Alvar lingüista, teorizante junto al Alvar sensible lector— encuentra coincidencias entre Machado y Guillén... Acierto del director de cátedra, Gustavo Domínguez, que había insistido a Alvar para la realización de este trabajo.



Escribe Javier VILLAN

ELOGIO DE LA TRANSGRESION

LA novela de José Jara, «Mater amantísima», que Tusquets ha publicado en «La sonrisa vertical», aparte el innegable gozo de su lectura me ha proporcionado el placer suplementario de una reflexión sobre el sexo, la libertad y otros conceptos afines.

No es que una pretenda trascendentalizar algo esencialmente lúdico como es el sexo. Pero el terrorismo moral utilizado contra nosotros en una larga y aterradora educación nos ha sensibilizado en demasía.

ESTO se ve claramente en «Mater amantísima», relato en el que Jara ha recreado un inquietante clima de desolación y muerte con la inquietante sencillez de una mirada infantil alerta y transparente. En el complejo mundo de significaciones que nos ha ido conformando, la reivindicación del erotismo equivale a ruptura. En una sociedad liberada —siquiera en ese ínfimo nivel a que es posible acceder— el erotismo carecería de ese sentido de amoralidad resistente. Por el contrario, se desarrolla su carácter lúdico, su exultante biologismo, su instintiva proyección relacionante. Cuando estas significaciones han sido previamente degradadas por el poder, la permisividad que ese

mismo poder le restituye —sobre todo en etapas históricas de conflictividad social y confrontación política— tiene más un sentido de transformismo funcionalista que de ejercicio liberador. El revestimiento erótico, la carga de potencialidad sexual de muchos de nuestros gestos es, frecuentemente, marginalidad. Y es en esa marginalidad donde residen las verdaderas posibilidades de una transgresión liberadora. Quiérase o no, en un mundo que no ha pasado de los más rudimentarios proyectos incompletos de justicia igualitarista, sólo la transgresión puede quebrantar tan sólidos esquemas coercitivos. El erotismo pertenece en este fin de siglo crispado y epiléptico, todavía a la

categoría de factores subversivos. Por eso, a mí la novela de Jara me parece una explosión de libertad: por lo que sugiere y por lo que evidencia. El cosmos de significaciones de «Mater amantísima» se estructura básicamente en dos niveles: el de los niños y el de los mayores. La presencia obsesiva y obsesionante de la madre muerta sobre la que el protagonista infantil proyecta todos sus impulsos es una superestructura, una referencia en buena parte ideologizante. Estos dos niveles crean también códigos distintos. Para el niño que súbitamente se ve proyectado al desconocido mundo del sexo no existe la noción de pecado. Y si en algún momento aflora es como reflejo del sórdido mundo de los mayores. Lo que para otros es artificiosidad y caverna, es para el protagonista de «Mater amantísima» alumbramiento indoloro, horizonte infinito, exultante instinto.

Pero José Jara no se contenta con sugerir las significaciones políticas que entraña una u otra postura ante el sexo. Jara crea un marco en el que los personajes se mueven en un continuo y procaz desdo-

blamiento. Y lo hace muy bien, lo dibuja espléndidamente con sutiles trazos, con apuntes fugaces: el cilicio lacerando las infantiles carnes; el padre prefecto inquisidor teórico y lujurioso práctico; el padre espiritual violador de jóvenes alumnos a los que consuela, en presencia de la impasible calavera, con una leve penitencia de tres salves y una bondadosa premonición: «es la primera vez, verás cómo la próxima te dolerá menos». La realidad política que propicia la moral de estercolero de tales personajes también la retrata perfectamente Jara sin aspavientos ni tremendismos expresivos. Don Sèrvulo y sus medallas, los alevines de fascistas matones, la burocracia en que se asientan privilegios y prebendas, los cargos, etc... La escena en que, ante el general jolgorio de sus compañeras, se rapa y se da ricino a una muchacha, es un alegato antifascista de tremenda eficacia.

Por lo demás, «Mater amantísima» habrá de entrar ya en el área de los tratados de psicología infantil. A veces puro gozo de los sentidos; en ocasiones, puro desafío desestabilizador.



Dos premios en el mismo día

NOVELAS Y CUENTOS Y SESAMO

UNO en la tarde y otro en la noche del martes: el Novelas y Cuentos y el

Sésamo. El primero en novena convocatoria (con medio millón de pesetas para conmemorar el cincuentenario de la colección, «Revista literaria» se llamaba también) y con doscientas mil el segundo, que cumplía la XXV de novela corta. Novelas y Cuentos lleva ya muchos años editada por Magisterio Español. El Sésamo es la segunda vez que se respalda en Legasa Literaria, bajo la dirección de Andrés Sorel. Si el Novelas y Cuentos se asienta en una colección acreditadísima, el Sésamo, acreditadísimo en su historial literario no había tenido suerte editorial. Parece que ahora va de verdad y como punta de flecha de una empresa joven y vigorosamente encaminada.



CARLOS ALFARO

ASTA el día siguiente, en la comida conmemorativa y de homenaje al fundador y mantenedor de los premios Sésamo —porque fueron

primero de teatro, luego de cuentos, más tarde de cuentos, novela y pintura, para quedar el de novela corta—. Tomás Cruz, dueño de la cafetería de las famosas Cuevas de Sésamo, no se conoció al premiado, Carlos Alfaro, de quien muy poca gente tenía noticia, y quien allí fue presentado a los amigos de Sésamo. Es un joven ingeniero de caminos, como Juan Benet, al que le atraen el cine y la literatura. No ha dirigido todavía películas —tiene carné— pero en la literatura cuenta una novela publicada en los últimos días de Barral Editores, de las que llegaron a las votaciones finales en su certamen: «Easy Joe dice sí a Childe Walker» (1974).

En 1946 publicaría otro libro veinteaño, éste de poemas: «Contracanto». No tuvieron mucho eco. Sonó más este nombre en 1978, cuando el escritor doblaba la esquina de la treintena. Novelas y cuentos publicaba su colección de narraciones, «Señales de humo», que tenemos delante. Narraciones breves, brevísimas algunas. Su autor las define como «una serie de relatos urbanos a cuyo través surge el hombre enfrentado a la existencia diaria, luchando por sobrevivir en un mundo hostil que constantemente le provoca y le golpea». Su prologuista, Joaquín Esteban Perruca, dice que estos relatos recuerdan, «por su aprendida concreción y la eficacia

del lenguaje, algunos cuentos de Borges, y por la sorpresa final, otros de Cortázar». Cierto, pero él también apunta hacia otro lado —de acuerdo con la propia definición— con la cita que abre el libro, una cita del argentino Roberto Arlt. La novela que le ha sido premiada con el Sésamo de este año se titula «Crónica de César». Se había dicho que tenía algún parecido con «Cien años de soledad» o «El señor de los anillos». Pero él ha contestado que no. A esta última ni siquiera la conoce. Se trata de una crónica. «Una relación ordenada —ha declarado— de hechos de la vida de un personaje imaginario que nada tiene que ver con la figura histórica de César. Es un señor que tiene un cuerpo defectuoso y trata de resolver su vida. Es una novela existencial, pesimista y derrotista, como todo lo que escribo.» Esto parece más conforme con la línea de las narraciones que aquí hemos mencionado. Ha escrito un libro más, todavía inédito: «Estructuras de la femineidad». No habrá que esperar mucho para que conozcamos ambas obras de Carlos de Alfaro, una de las cuales, al menos, se incorpora a esos títulos de autores españoles que, junto a clásicos de la novela de aventuras, forman parte de una colección ya nutrida en tan breve tiempo de vida. Legasa Literario acaba de lanzar: «Pro patria mori», de Anto-

nio Martínez Menchén y «Lugar siniestro es el mundo, caballeros», de Félix Grande. A la vez que nuevas obras de Carlos Edmundo de Ory, José A. Gabriel y Galán, Antonio Ferrer, Eduardo Tijeras, Juan José Millás, que se anunciaban en puertas...



MARINA MAYORAL

MARINA Mayoral se añade a los nombres de Antonio Prieto, Vicente Soto, Rodrigo Rubio, José María Merino, Luis Fernández Rocas en el palmarés Novelas y Cuentos. Un certamen que ha definido por una gran exigencia literaria atendida —esa parece la línea— a la novedad formal o preocupación por ella —bordeando o no la experimentación— que no disuelva o constriña los contenidos emocionales, de referencia humana, sino que

lo resalte. Y ello con un jurado, en su mayor parte cambiante cada año. Con el método de que cada uno de sus miembros, sin haberse relacionado previamente, emita por escrito su opinión en orden de preferencias. Si, como en este caso, las coincidencias son mayoritarias, el primer encuentro de todos ellos no es más que para proclamar el ganador, como ha ocurrido en este caso. Si no hubiera coincidencia, la votación por el sistema Goncourt. Como es bien sabido, resultó premiada «Al otro lado», de Marina Mayoral. Antes de abrirse la plica, algún miembro del jurado dedujo, por la relación de esta obra con una anterior y premiada en el segundo lugar en el certamen de Ambito de 1979, «Cándida otra vez». Así fue y así apareció la escritora, tras la comunicación del fallo a los informadores, con toda su decisión de instalarse en la narrativa como dedicación sostenida que ya abanderan este premio, el que acaba de obtener en Orihuela, premio Gabriel Sijé, por su relato «Plantar un árbol», un cuento premiado por la Caja de Ahorros de León y dos Huchas de Plata.

Todo esto viene a continuación de una ya dilatada labor —que seguramente no se interrumpirá— de erudición y crítica literaria. Se sabe entre los tres primeros especialistas del mundo en Rosalía de Castro, pues

to de manifiesto en su libro «La poesía de Rosalía de Castro» (Gredos), procedente de su tesis doctoral y con prólogo de su maestro Rafael Lapasa, y en la edición crítica en Castalia de «En las orillas del Sar». También ha escrito comentario de textos sobre poetas contemporáneos, y junto con su marido, Andrés Amorós y Francisco Nieva, comentarios al teatro contemporáneo español.

Lo mismo que en «Cándida otra vez», lo mismo —que le rebulle de consejos de su tierra gallega— se esconde tras el realismo, el psicologismo y hasta un despliegue objetivista del relato. Parece que otras mujeres en nuestra narrativa última —principalmente Soledad Puértolas, premio Sésamo del año anterior, y Esther Tusquets, con su trilogía— están, como ella, tratando de recuperar la narrativa con coberturas más o menos tradicionales o convencionales y de dinámica expresividad —diálogos y ambientes veristas—, y sin embargo, contenidos, como en este caso, de misterio y de una problemática humana, a la vez, muy actual. Declaró Marina Mayoral que cuando vino a Madrid para hacer oposiciones a cátedra de instituto, ello implicaba que así conquistaría la libertad para escribir novelas, libertad que ha conseguido plenamente, pues no necesita de la pluma para vivir.

EL ATENEO CIERRA AULAS DE CULTURA

● Hablan los ex-directores de poesía y de literatura

Hace un par de semanas, el Grupo Parlamentario Socialista, en pregunta dirigida al Gobierno, aseguraba que «el Ateneo se ha convertido, desde el nombramiento de una Junta gestora por el Ministerio de Cultura, poco antes del verano, en un apático centro sin vida cultural». Posteriormente, los periódicos publicaron unas declaraciones de su presidente. Y se anunció —y se llevó a efecto, presidida por los Reyes— la inauguración del curso 1980-1981. ¿Pero por qué se suprimieron las aulas culturales? ¿Qué es lo que se hizo en éstas durante la inmediata etapa anterior? ¿Qué se propusieron los directores de dichas aulas?

Para que nos hablen de esto, «Sábado Literario» ha requerido a dos de esos directores: Luis Jiménez Martos, responsable del Aula de Poesía, y Jacinto López Gorge, director del Aula de Literatura. Y he aquí lo que nos han respondido sobre lo que han hecho —y que el lector juzgue— en relación con esa labor cultural.

DECLARA JACINTO LOPEZ GORGE

ME hice cargo de la dirección del Aula de Literatura del Ateneo de Madrid, por acuerdo de su entonces Junta gestora, de la que era secretario general y presidente en funciones el profesor Joaquín del Val, uno de los socios más antiguos con que el Ateneo cuenta. El acuerdo, al parecer, fue unánime. Y a partir de noviembre de 1979, aun a sabiendas de que el Ateneo disponía de poco, muy poco dinero para actos culturales, me lancé a organizarlos, valiéndome más de mis relaciones y predicamento entre los escritores españoles que de la escasísima remuneración que por sus actuaciones podía ofrecerles. El Aula de Literatura venía a suceder a la de Literatura Gallega, que hasta su muerte dirigió el inolvidable Celso Emilio Ferrero. Como sólo existía ya esa de entre las literaturas regionales, la Junta gestora decidió convertirla en Aula de Literatura española en general, y a ello me apliqué.

Comencé con un homena-

je a Corpus Barga —España le debía este homenaje desde su muerte en el exilio—, que coincidió con la publicación por Alianza Editorial de «Los galgos verdugos», cuarto y último tomo de sus obras —en realidad, sus memorias— completas, recogidas bajo el título general de «Los pasos contados (Una vida española a caballo en dos siglos, 1887-1957)». Y conté con la intervención de Rosa Chacel, Francisco Umbral, Luis León García de la Barga y Arturo Ramoneda. El salón de actos —el salón grande— del Ateneo registró un lleno total y la Prensa madrileña se hizo eco del acontecimiento. Hubo luego, en semanas sucesivas —generalmente los jueves—, conferencias, presentaciones de libros, otros homenajes, un iniciado ciclo en relación con el IV Centenario del Nacimiento de Quevedo, que no pudo continuarse por insuperables coincidencias con los ya programados por otras instituciones madrileñas y un ciclo nuevo, iniciado ya en abril del 80 y que me proponía continuar en este curso —el 80-81—, sobre «Cuentistas españoles contemporáneos», que se prolongó hasta el 16 de junio, fecha en que concluyó el último acto que organicé y cuando ya la nueva Junta gestora, nombrada por Ricardo de la Cierva, tomó el acuerdo de suprimir las aulas —todas— y cesar a sus directores —todos—, sin más explicación de que «se inicia una nueva etapa en el Ateneo de Madrid».

Pero veamos quiénes son los que han desfilado por el

Aula de Literatura durante el curso que me cupo el honor de dirigirla. Entre los conferenciantes, el académico Guillermo Díaz-Plaja; los escritores Enrique Azcoaga, Eusebio García Luengo y Joaquín Fernández, y los profesores Angel Basanta y Obdulia Guerrero. Entre los que participaron en homenajes, los ya citados Rosa Chacel, Francisco Umbral, Luis León García de la Barga y Arturo Ramoneda, del homenaje a Corpus Barga; Carmen Martín Gaité, Francisco García Pavón, Jesús Fernández Santos y Eusebio García Luengo, que intervinieron en el homenaje a Ignacio Aldecoa, con motivo del décimo aniversario de la muerte del gran narrador y extraordinario novelista, y José Luis Castillo Puche, Vicente Ramos, Rafael Conte y Pedro Rocamora, que lo hicieron en el homenaje a Azorín, con ocasión del libro de Santiago Riopérez Milá —que también intervino— «Azorín íntimo». En las presentaciones de libros se realizó la de «La cara íntima de los Borbones», de Juan Antonio Cabezas, con la participación del académico Pedro Sainz Rodríguez, José Luis Castillo Puche y el propio autor; otra presentación fue la de las «Obras Completas» del gallego Curros Enríquez, en la que intervinieron Dámaso Santos, Luis Jiménez Martos y Armando Vázquez, y una tercera, la del libro de Josefina Manresa «Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández», con actuaciones de Concha Zardoya, Leopoldo de Luis y Francisco Esteve.

Pero la que mayor resonancia tuvo, aparte el homenaje a Corpus Barga y también el homenaje a Aldecoa, fue el «Ciclo de Cuentistas Españoles y Contemporáneos», con el que me propuse, pensando en Aldecoa, una reivindicación del cuento como género literario, al que tan escasa atención prestan los editores. Y

en siete sesiones semanales, en las que dos autores leían y comentaban sus cuentos, actuaron, por este orden, Meliano Peraille, Alfonso Martínez Mena, Francisco García Pavón, Jesús Fernández Santos, Lauro Olmo, Manuel Pilares, José Luis Martín Descalzo, Fernando Quiñones, Manuel Alonso Alcalde, Jorge Cela Trullock, Manuel Andújar, Antonio Pereira, Daniel Sueiro y Jesús Torbado.

DECLARA LUIS JIMENEZ MARTOS

FUI nombrado director del Aula de Poesía del Ateneo, en abril de 1974. Era ministro de Información y Turismo Pio Cabanillas y director general de Cultura Popular Ricardo de la Cierva. La nueva Junta gestora, presidida por Carmen Llorca, a quien agradeceré siempre su deferencia conmigo, venía a inaugurar una nueva etapa de la institución de la calle del Prado, después de un periodo en que estuvo de obras. Había ambiente optimista. Se hablaba de un presupuesto a tono y, por desdoblado, de normalizar la situación jurídica de la Docta Casa, devolviéndola a los socios. En la Junta, larguísima, figuraban de verdad personas de todas las tendencias, según se demostró, sobradamente, en cuanto empezaron sus reuniones.

Yo venía a sustituir a José Luis Prado Nogueira. Los otros directores, desde 1955, fueron José Hierro, Luis López Anglada y José María Alonso Gamero. No se debe olvidar que la tradición de las lecturas poéticas en el Ateneo data de alrededor de 1870, y esta buena costumbre fue importada de Francia, al desaparecer allí los «salones».

El primer acto del Aula nubó de celebrarse en junio, para que Jesús Hilario Tundidor, que iba a ser operado de la garganta, pudiese cumplir su compromiso. Carmen Conde, vicepresidente, tomó

asiento a su derecha. Era un modo de otorgarle solemnidad al momento, al «decía-mos ayer», a fin del curso natural.

Para la inauguración del siguiente, pensé, como es lógico, en una sesión importante. Esta: Homenaje a Manuel y Antonio Machado, con motivo del centenario del primero. «Espadas» del cartel: Dámaso Alonso, Manuel Alcántara, Acacia Uceta, Carlos Luis Olvarez «Cándido» y Ramón Pedrós. Redondo éxito y alabanzas al objetivo de unir a los hermanos y grandes poetas. Presupuestos: quince mil pesetas, repartidas a partes iguales.

El Aula seguiría su tradición semanal. En seguida, un «mano a mano» entre los ases del ingenio con rima, Jorge Llopis y Juan Pérez Creus. La primera actuación individual fue debida a Vicente Gao, recientemente desaparecido, a quien se encargó de presentar José García Nieto. Poco después, arranque del primero de los ciclos desarrollados durante mi gestión: «Poesía española de vanguardia». Lo inició Gerardo Diego, al que seguirían Pilar Mingote y Carlos de la Rica, entre otros. Pasaron por el Aula, en ese curso, Angel García López, Concha de Marcos, Juan José Cuadros, Meliano Peraille, Alicia Cid...

Me propuse que hubiese, efectivamente coloquio, y no es presunción asegurar que así fue. Me propuse que existiera alternancia entre maestros, jóvenes y desconocidos. Los límites de este informe no van a permitirle citar todos los nombres que yo desearía, lo que haré en otra oportunidad. Al comienzo del curso 1975-76 homenajeamos a Jorge Guillén, el que habló su paisano Allué-Morer. Llegó el aprieto de las dificultades económicas, a pesar de que el montante monetario del Aula no superó nunca las cuatro mil pesetas, entonces y hasta 1980. Recurrí a las sesiones discográficas, y, gracias a ellos, hicimos ho-

nor a Antonio Machado y a los poetas del exilio —una espléndida grabación proporcionada por Ernestina de Champourcin—. El centenario de Rilke tuvo eco mediante una conferencia de Manuel Carrión, que yo mismo ilustré con los poemas del recordado. Jesús Riosalido habló de la poesía danesa; Mahmud Sohb representó a la árabe y Sofía Noel a la sefardíe.

Surgen, como «flash» de la memoria, una lectura del actor y poeta Francisco Portes, junto con el famosísimo López Tarso; una conferencia-tenderete de Rafael Flórez (así la llamó él) sobre Ramón y los poetas del 27. (Rafael Flórez, jefe de la oposición ateneística, no se olvidó); una lectura de Puraza Canelo, en la sala de abajo, más pequeña todavía, glosada sorprendentemente por Antonio Hernández-Gil, futuro presidente de las Cortes; una conferencia de César Aller sobre Leopoldo Panero; un recital de Pedro García Cabrera.

El nuevo ciclo, «Poesía española de posguerra», fue cubierto por Rafael Morales, José Gerardo Manrique de Lara, Ernestina de Champourcin, Jacinto López Gorgés y Florencia Martínez Ruiz. El homenaje andaluz a don Luis de Góngora se desarrolló en dos partes: una a cargo del grupo teatral de la Casa de Córdoba y otra de «poesía a barra libre», donde intervinieron más de veinte nombres, nacionales y extranjeros. La muerte de José María de Cossío, presidente del Ateneo en la etapa anterior, no podía pasar inadvertido. Citaré dos espléndidas, emocionantes y espontáneas intervenciones: las de Dámaso Alonso y Alfonso Sánchez.

(Las largas declaraciones de López Gorge y Jiménez Martos desbordan hoy nuestro limitado espacio. No obstante, en nuestro próximo número, dado el interés especial, continuará y concluirá Jiménez Martos.)

CARTAS

SABATINAS

De Gaspar SERRANO

A MANUEL MUGICA LAINEZ: PROXIMA VISITA

ALGUIEN, a quien Antonio Colinas escribe desde su placentero retiro ibicenco, me dice que pronto le tendremos a usted por tierras españolas, mi admirado maestro. Deseo que su visita, siempre agradable, esté relacionada con la buena marcha de su anunciada novela sobre un tema histórico de la patria nuestra, tan única, tan especial, y no con cualquier otro tipo de frivolidad en las que pudiera incurrir. Quiero estar en Madrid para las fechas, todavía ignoradas por mí, en las que su elocuente verbo habrá de apadrinar el libro de narraciones de un joven escritor de moda.

A JUAN GARCIA HORTELANO: PANEGIRISTA

ALLI estabas, tan entrañable como siempre, junto a Juan Benet, tu hidalgo señor. Tenías, querido Juan, novelista grande, aire de Sancho noblote, parlanchín grato, sacando a tu señor de su literario entuerto último. Eras, por otro lado, como uno de esos canónigos de la Iglesia preconiliar, invitados al sermón

de las fiestas patronales en la catedral del Palace. Lara hacía a la vez de párroco y cacique, en medio de la variada fe- ligresía de los cofrades devotos de San Juan Benet y los que allí llegaban a comprobar que la aparición de San Antonio Larreta era cierta y Lara no se nos había metido a vidente en un sevillano Palmar. Me comentaba Mariano Antolín en su última carta la brillantez de tu lección profesoral a fin de que cunda la devoción benetiana y acuda la gente a las aguas de Región para curar sus males. Ya se cuenta el primer prodigio: le ha crecido el pelo a Vicente Molina. Pero lamentaba Mariano, querido Juan, que no te hubiera acompañado igual brillantez aquella noche del Oliver, tan sonada, en que el joven filósofo impertinente y culto, Jacobo Muñoz, puso en solfa en un instante —¡oh, atrevido!— los méritos sobrados de la narrativa de Benet.

A CAROLA TORRES: ARTESANA

MERECERIAS el premio nacional que has obtenido tan sólo por tu abnegada entrega al arte y a la solidaridad con los artistas. Pero lo mereces, sobre todo, por tu trabajo impecable, por esos tapices

en los que la obra de Palazuelos y Millares, por ejemplo, alcanzaba una nueva perspectiva. José María Moreno Galván, tu compañero, descansa hoy de tanta lucha en su enfermedad y su desmemoria. Tú contemplas, serena como siempre, la procesión de los arribistas en retirada. Así es España, Carola.

A JOSE HIERRO: UNA CENA PERDIDA

ESTABAS allí, en Efe, invitado por Luis María a cenar son Senghor. El poeta negro apareció acompañado de un recordado director general de lo que la dictadura llamaba cultura popular. Ignoraba el poeta que aquel hombre de la diplomacia del franquismo que no acaba podría recordar a algún comensal la angustia terrible de la feria de los censores. Agradecido, pero implacable, abandonaste el lugar. Hay quienes te agradecen estos gestos, aunque piense uno que al fin tales personajes ni lo merecen.

A ANTONIO FERNANDEZ: FELIZ PREMIADO

DA gusto ver a este adolescente de Cádiz, con su sucia pelambreira rubia y su alba de bohemio, recoger medio millón de pesetas enterito. Da gusto porque se lo merece y porque es listo y entrañable y travieso y da sofocos a cierta ilustre clientela de la literatura. Lo peor es que después se pone a confundir literatura y autonomía y los andaluces son los desterrados hijos de Eva de los mentideros literarios. Y eso no es así, que bien colocados los hay, con sus direcciones de revistas, su poder en editoriales,

cargaditos de premios y con frecuentes presencia en los Jurados que los otorgan. No, Antonio, no. Hay que ser justos. Te salva esa decisión tuya, de andaluz y poeta comprometido, consistente en ofrecer a los campesinos de Marinaleda tu medio millón de pesetas. Eso está bien. Hay que seguir el ejemplo de Alberti.

A ROSA PEREDA: UN HIJO A LA VISTA

SE niño, Rosa, nos nacerá en una tertulia, con su libro bajo el brazo. Espero que allí no se encuentre Javier Marías, que siente horror por los partos y las placentas.

Oído en Visor: «Lo pondrán Jorge Luis. O tal vez Borja para disimular.»

Oído a un grupo de poetas andaluces, no antologizados por Concepción del Moral: «Haremos renacer a Herodes por ver si huyen de una vez a Egipto.»

Querida Rosa: ya te he dicho que a mí no me gusta apadrinar. Representaría en todos caso a Cabrera Infante. P. D.:

Hombre parece, víbora es; debe su fama a Savater.

Si algún agudo lector nos propone la solución acertada formularemos la correspondiente propuesta al Pen Club Español para su participación en un viaje a Estocolmo. El afortunado ganador sería acompañado por José Luis Cano, José Esteban, Luis Suñén y J. J. Armas Marcelo. Una enfermedad súbita y pasajera impedirá a Caballero Bonald sumarse al viaje de acuerdo con los dictados de su horóscopo.

Escribe M. A. MARTINEZ PUJALTE

EL ULTIMO LIBRO DE FERNANDO MORAN

UNA ALTERNATIVA A NUESTRA DIPLOMACIA

FERNANDO Morán, portavoz de Asuntos Exteriores del PSOE en el Senado y profesional de la diplomacia de dilatada trayectoria —lleva más de veinte años en el ejercicio activo de la «carrière»—, ha vertido en su último libro «Una política exterior para España» (Planeta), por cierto el más ambicioso de su producción por lo exhaustivo y totalizador de su temática, su rica experiencia práctica con el rigor del intelectual que ha efectuado afortunadas incursiones, tanto en el campo de la creación literaria como en el del ensayismo, particularmente sobre temas africanos.

En el libro que nos ocupa, calificado de fundamental por una voz tan poco sospechosa de izquierdismo como la de Areilza, el compromiso ideológico-político de quien lo ha escrito no resta objetividad al avezado observador de la escena internacional, que sabe manejar con excelente funcionalidad demostrativa de sus tesis, afinados instrumentos de análisis teórico y un abundantísimo material documental y bibliográfico. En sus páginas, densas y bien estructuradas a nivel metodológico, está presente la triple dimensión de Morán: la de político en activo, realista pero nada proclive a groseros pragmatismos, la de erudito especialista en relaciones internacionales y la de hombre dotado de aguzada sensibilidad ética, insuflada por ideales de paz, libertad y justicia a escala planetaria. Con la fusión del PSOE y el PSP, una de las personalidades más destacadas del partido fundado por Tierno Galván, que vino a enriquecer los cuadros del Partido de Pablo Iglesias, es la del autor cuya obra comenta. El partido mayoritario de la oposición cuenta desde entonces con una figura impar, para caso de tener que asumir responsabilidades de Gobierno, encargarse del Ministerio de Asuntos Exteriores. Preparación profesional y una lúcida y coherente visión de la estructura y condicionamientos que gravitan sobre la actual política internacional no le faltan. Y dicho esto, que en justicia me parecía necesario, pasemos a analizar el contenido del libro en cuestión.

Fernando Morán, aunque trata de proponer una alternativa socialista a la política exterior de España, no se ha limitado —y en este sentido él mismo es muy explícito— a escribir un libro para militantes y simpatizantes de su partido ni

tampoco ha reducido sus pretensiones a exponer un programa de política exterior del PSOE. Tras poner de relieve que el franquismo con su semiostracismo incrementó el histórico complejo de inferioridad exterior del español, denuncia que en la actual política exterior siguen vigentes las ideas formadas en las últimas fases del franquismo, entre otras razones porque el personal en los escalones dirigentes más altos de nuestra diplomacia sigue siendo el mismo, en especial el de la «escuela Castiella». En este orden de cosas subsisten en la acción exterior española la retórica nacionalista de una fase del franquismo con el pragmatismo tecnocrático y neoliberal en forzada síntesis y con la misma clases tecno-

burocrática. A juicio del autor de «África, tradición y modernismo» y partiendo de un pormenorizado estudio de la dimensión y de los condicionamientos de la situación, los objetivos a los que puede aspirar España son los de no romper equilibrios globales por una parte y por otra, ir logrando un área de autonomía que evite su satelización y que posibilite una acción exterior propia y dinámica. Estos dos temas, según Morán, constituirán los ejes esenciales de nuestro debate en política exterior durante los próximos años. En los mismos insiste a lo largo del libro cuando después de analizar la evolución desde la posguerra y el nuevo marco institucional de la política exterior española escribe (página 77) que la fijación de los fines apuntados lo es de cara a permitir primeramente el asentamiento de nuestra democracia, y después la forma de una sociedad más racional en la perspectiva de que sea un factor de paz capaz de coadyuvar al establecimiento de un orden mundial no basado en el equilibrio del terror nuclear y sí más justo social y económicamente.

Consciente de su trascendencia y vigencia polémica, Morán presta mucha atención a los temas defensivos y parti-

cularmente al de nuestra integración en la OTAN, manteniendo la postura apoyada en sólidos argumentos de la no vinculación de España al Pacto del Atlántico por sus efectos disfuncionales cara la consecución de los objetivos antes señalados. El sistema alternativo en materia defensiva que recomienda consta de los siguientes elementos:

- Declaración diplomática solemne de que España se propone ser un factor de distensión.
- Declaración política de que opta por la propia defensa.
- Una política de defensa total con reorganización y modernización de las Ferzas Armadas.
- Una renegociación de los acuerdos con los Estados Unidos sobre bases igualitarias.

Un aspecto de la actual escena internacional en la que el autor hace hincapié es la constatación de que acontecimientos tales como la revolución chita en Irán, y en general el resurgimiento del Islam como fuerza política a escala mundial, han demostrado que los criterios para formar juicio sobre el desarrollo de sociedades o extraoccidentales en base al proceso de sociedades occidentales podía conducir a graves equívocos. Todo esto ha determinado que el mundo occidental haya perdido seguridad en la predicción y a invalidar la tendencia apresurada a cuantificar ciertas realidades culturales reacias a esquematismos simplificados.

Todos los temas que enmarcan la política exterior española, tales como los del Mediterráneo, la política árabe, la CEE, el Magreb y la cuestión del Sahara, Latinoamérica, etc., son abordados con el rigor del estudioso de altura de estos asuntos exteriores, que a juicio certero de lord Curzon son los menos extranjeros de los asuntos, puesto que afectan a los intereses, la seguridad y los bolsillos de todos los miembros de la comunidad nacional.

Concluyo este comentario recomendando la lectura del libro de Morán, particularmente a los «prudentes estrategas del palacio de Santa Cruz». Su rico y matizado contenido a no dudarlo resultará muy provechoso para quienes tienen como misión —y valga la metáfora de Agustín de Foxá— «plantar el árbol de nuestra bandera» en otras tierras.



"DISIDENCIAS"

Escribe SANTOS AMESTOY

Y EL RENACIMIENTO DE LA PRENSA CULTURAL

En la tradición de este oficio —no tenía por qué ser de otra forma— perviven junto a un puñado de virtudes una pizca de malas maneras. De esas últimas, la más contradicha desde estas páginas (es una de nuestras más frecuentes recurrencias) ha sido y será la que confunde el limpio juego de la competencia con la inelegancia del silencio en aquellas ocasiones en las que la cita es obligada, por más que su causa sea otro medio de información. Por si fuera poco, hay hoy quienes citan —o se citan entre sí— sólo para zaherir o para desplazarse con ansia mutuamente suplantadora. Sinistra metátesis de aquel pecado contra el oficio en el que el periodista transformista quisiera transubstanciarse en su propio objeto la noticia.

I

De obligatorio registro es el acontecimiento de la salida a la calle de otra publicación literaria. Para nosotros que compartimos la pertenencia a la misma subespecie o género periodístico, el suplemento semanario y cultural, es una buena, gozosa noticia. Y así lo proclamamos ante nuestros lectores esta semana en la que desde el jueves último inició su periodicidad el suplemento «Disidencias», subtítulo, los «Encuentros con las letras de "Diario 16"». Aquí está, materializada ya la noticia que en nuestro número del 25 del pasado octubre era un mero adelanto. Allí también hablábamos del recién nacido «Sábado cultural de "ABC"». Hoy, como aquel día decimos, otra vez: no estamos solos.

II

A FORTUNADAMENTE, parece que se empieza a desgastar la redundante convicción extendida sobre vastas regiones de la Prensa a la vez que la crisis de que la Prensa misma —ya digo que es una redundancia— es la realidad. Idea obtenida por trasposición de aquella otra que medra en más de un intransitivo cerebro político de la transición, y según la cual la realidad es la inmediata de los propios políticos y sus circunstancias; el resto, es decir, cuanto se ignora (por más que «noticia» sea), se desprecia irresponsablemente. Pero si en política la intercambiabilidad tautológica entre los carter o los reagan de toda laya no da como inmediato resultado más que la creciente indiferencia de los votantes, en este oficio el olvido del arte de hacer periódicos —la ignorancia aurática de que sólo el artificio es lo propio del hombre— acarrea otro letal olvido: que la porción más difícil de los votantes es, precisamente, la que contiene el número de los potenciales compradores de periódicos. Y éstos son los que en lo que va de lustro han reducido a tanta publicación, en justa contrapartida del ignorante desprecio a su cualidad de lectores a la semiclandestinidad de las ridículas cifras de venta que ostenta tanto periódico diario, semanal o a treinta, sesenta y noventa; cuando no a la nada.

SALUDABAMOS, pues, al suplemento de «ABC» que considerábamos un buen síntoma. Lo mismo hacemos hoy a propósito de «Disidencias». Sobre todo porque nos parece que el empresario periodístico (el otro extremo de la crisis) empieza a darse cuenta de la necesidad de restañar la ya antigua fractura entre cultura e información, periodismo y el espíritu que el lustro hereda de los cuarenta años. Y a la que sólo se han opuesto excepciones tan tenaces como heroicas y resistentes. Entre éstas, los suplementos literarios —los sobrevivientes y los fenecidos— se han ganado un destacado puesto en la historia de nuestro periodismo contemporáneo. Veta que la moderna Prensa española no ha de olvidar, si quiere reencontrarse el germen de su verdadera y definitiva transformación democrática; es decir, la libertad, la calidad y la difusión.

III

SERIA un principio regenerador y «sine quo non»: ningún periódico sin suplemento cultural. Principio libre y que no requiere ser impuesto, pues la idea que nada debe imponerse y los límites de las imposiciones vienen siendo unas de las constantes que acicatean la producción cultural. En esta empresa de libertad levanta ahora amarras el escritor Sánchez Dragó y valga el símil marinero para añadir que pilota con denodado entusiasmo, lo que ya es algo.

MUCHO nos alegra porque, si cumple su promesa de no hacer allí otra cosa que periodismo, llegaremos a sentirnos mucho menos solos todavía. Sólo el periodismo de la ignorancia niega que nuestra especialidad lo sea. Hay quienes llegan a hacer páginas y suplementos, diríase, sólo para probar tal descabello y con tanta renacidad como otros nos empeñamos en lo contrario. ¡Qué familiar nos resulta la frase que Sánchez Dragó subraya en su neonato suplemento!: «Hágase hueco en este lugar al periodismo.» Divisa semejante, expresada mediante la práctica, ha sido durante tiempo, y es, la nuestra. Y por eso aquel punto de su artículo editorial en el que se lee «crítica, pues, invención, resistencia y camino» nos recuerda nuestra cotidiana posición respecto al horizonte.

golpes de mano, sus noches al raso y sus relaciones internas, siempre amenazadas por los hombres de la Guardia Nacional. En septiembre de este mismo año, Somoza, que vivía un exilio dorado en Paraguay, murió destrozado por los disparos de los bazookas efectuados por un comando guerrillero. Hasta el final de su vida había fanfarroneado con su vuelta triunfal a Nicaragua y, sin embargo, fue su muerte la que los nicaragüenses festejaron. El libro de Alfonso Rojo ayuda a comprender los sufrimientos del pueblo bajo su antiguo dictador. En una reciente entrevista, el escritor y periodista español anunciaba su próximo retorno a tierras nicaragüenses y su esperanza de recoger sus nuevas experiencias en otro libro. ¿Será posible que nos narre los acontecimientos de una revolución que no devora a sus hijos?

LA SOCIEDAD PSICUIATRICA AVANZADA, de Françoise Castel, Robert Castel y Anne Lovell. Editorial Anagrama. Si Iván Illich ha hablado de una «sociedad

medicalizada». Estados Unidos ha llegado a ser, como muestran los autores de este libro, una «sociedad psiquiatrizada», es decir, una comunidad en la que se avanza hacia formas crecientes y diversificadas de control psicológico de la población. Hacer luz en la selva de «ismos» psiquiátricos y psicoanalíticos norteamericanos —manicomios duros con lobotomía y electroshock, terapias preventivas para delinquentes, toxicómanos y normales, terapias sexuales y familiares, gestaltterapias, métodos bioenergéticos, análisis transaccionales, etcétera— equivale a prever lo que el futuro reserva a otros países si algo o alguien no lo remedia. La conclusión de los autores es la progresiva pérdida de libertad en el seno de la sociedad liberal por antonomasia.

NEUE ESTAFETA. Octubre 1980. La revista que edita el Ministerio de Cultura y dirige Luis Rosales mantiene su fórmula de unir en sus abundantes páginas la creación y la crítica. En este ejemplar destacan los

NO se puede ni se debe juzgar una publicación por su primer número. Sólo el empeño. Y nuestra valoración, como se ve, es positiva. Cabe, en todo caso decir que el primer número de «Disidencias» se abre con un impecable trabajo de Manuel Cereales y que se viene a cerrar con otro no menos aseado de Pablo Corbalán. Digno de estas páginas en las que escribo —¡qué más puedo decir!— es la divertida entrevista o «encuentro» de Eduardo Chamorro con Juan Benet. Verdadera «Cantata soleá» es el magnífico artículo de Ramón Buenaventura, de quien nuestros lectores conocen algunos trabajos sobre temas musicales. Huéspedes frecuentes de nuestras páginas son los columnistas de «Disidencias» Eduardo Haro Ibars, Eduardo Bronchalo y, en alguna ocasión lo ha sido, también Jiménez Losantos. Y me parece que Luis G. Escribano (que presenta una sección escarpitana que llama «moralidades») es un buen amigo y compañero desde hace años, que en otras ocasiones ha gustado de ocultarse tras deliciosos seudónimos femeninos.

¿Lo demás del número? Bueno, digamos que lo citado ya justifica una entrega de estas «Disidencias» y que de lo no citado nos reservamos el juicio hasta ver en qué van a ir parando aquéllas. Si desmentirán las «etiquetas» y «rótulos» feos que Dragó confiesa saber destinados al suplemento, antes ya del otro y casi en el parto mismo. Nosotros añadimos que serán innecesarias si el empeño al que hoy asistimos no se decanta en mera gesticulación escandalosa y si no progresa en la agresión «ad hominem» que parece iniciar y que no conduce más que al digno desprecio de los más y al interés de los menos, los que gustan de la soez pelotera entre pocos y mal avenidos. Y, como deseamos lo mejor al nuevo suplemento, quisiéramos poder conjurar el peligro y que nunca llegara a ser subproducto compuesto de fórmulas halladas como mediterráneas de sopas de ajo, en los que sus inventores son los primeros que echan a perder el propio invento. La puñalada traperera y el escándalo como sistema son tan viejos como el más viejo oficio del mundo.

Sería lástima que esta parte que hoy no quiero —no quisiera nunca nombrar— fuera a ensombrecer el todo de la publicación; llevara a ver —por poner un ejemplo— el valiente y honestísimo artículo de Buenaventura un mero ataque oportunista a Umbral. O —valga otro ejemplo, para que no parezca señalar— el elegante trabajo de Cereales, instrumento arrojado...

V

HAY, sí, un solo punto que hoy ya —y desde ahora debe quedar claro— merece nuestra discrepancia y nuestra repulsa. Aquel momento en el artículo de Ernesto Giménez Caballero, titulado «Re-generación», en el que se proclama la necesidad de la guerra civil como «acto genésico de los pueblos», al que llevaría al enzarzamiento de todas las ideas en «competición creadora»; el «deber literario» que el anciano vanguardista postula, sin que se vea por qué la competencia en la creación pueda llevar a la destrucción y a la muerte.

Nuestra opinión contraria es que la generación del 27, que, desde luego, tuvo su origen en la «Gaceta Literaria» de Giménez Caballero, no es la antesala de la guerra civil ni mucho menos una de sus causas. Más bien una de sus víctimas más desgarradas. Más relación tiene la espiritualidad de aquellos poetas y prosistas con la postulación de la paz que con la vorágine de la guerra civil. Hoy sabemos, por si fuera poco, que la neutralidad española en la catástrofe europea del 14-18 sí es causa histórica y social —pues que a la historia y a la sociedad se refiere el contradictorio maestro— que hizo posible el alzamiento del espíritu del 27 sobre la mediocridad totalitaria de la Dictadura chocarrera y primorriverista.

DISCREPAMOS así de Ernesto Giménez Caballero quienes fuimos los primeros en este tipo de Prensa, a la que nos venimos refiriendo, que acometimos el esfuerzo de recuperar y reivindicar su estatura literaria y estética y su patronazgo de las vanguardias en España. El abajo firmante confiesa que le gusta tanto de E. G. C. incluida su «Roma madre», por más que fuera objeto del gran premio San Remo, del fascismo italiano. Pero, nada, su actual añoranza de la guerra civil. No se me oculta, Ernesto, que el hecho de la violencia está ahí, constante y desde siempre; en contradicción y afinidad con la vida misma. Mas, por ello, tampoco ignora que en las guerras civiles siempre ganáis los mismos. Las gentes de mi generación sabemos lo que es nacer directamente en el exilio que no definen las fronteras. Nos parece obvio que la guerra civil que predica para este país sería sólo ocasión nuevamente abominable, mera violencia sangrienta de los intransigentes sobre los inermes. Ni nosotros ni nuestros lectores somos de los intransigentes. Es el radicalismo que más detestamos.

VI

VA ser la guerra de Giménez Caballero la misma a la que se refiere Dragó cuando dice: «Nos parece que la literatura debería ser o volver a ser, simultáneamente amistad y guerra». Seguramente, no; posiblemente ni medio paisano se refiere a ese punto común a la literatura y al erotismo que a todos nos encandila. Y ojalá sea así.

De lo contrario, el nombre «Disidencias» dejará de ser un emblema, una metáfora, una licencia para pasar a ser un mal título periodístico, ya que este oficio se lleva tan mal con el consenso como con el disenso: Ni disidencias ni consentimientos. La crítica y la objetividad sobre la pauta de la actualidad.



LA COMIDA DEL TIGRE, de Alfonso Rojo. Penthalon Ediciones, S. A. Periodista de profesión, Alfonso Rojo vivió apasionadamente los acontecimientos de la revolución del pueblo nicaragüense contra Anastasio Somoza. El libro que ahora publica es una recreación de aquellos sucesos vívidos, «periodismo-ficción» a la manera de Truman Capote en «A sangre fría». Escrita con un estilo directo, agilo, el libro narra la vida de las guerrillas rurales y urbanas con las que Alfonso Rojo convivió, asistiendo a sus

relatos de Francisco Ayala, Carlos Mellizo, Cristina Perirossi, los poemas de Guillermo Apollinaire, Eduardo Zepeda-Henriquez, Concha Zardoya y Jorge Guillén, y los ensayos de Sabas Martín, sobre el escritor paraguayo Augusto Roa Bastos; de Javier del Amo, sobre el acto de escribir, y de Juan Ramírez de Lucas, sobre la escultura de Chillida. Completan el número las secciones de crítica y el cartapacio, con artículos y nuevas páginas de creación.

ORIENTE, de Blasco Ibáñez. Plaza y Janés Editores. Título número 35 de la edición de las obras del escritor levantino que ha aborrido Plaza y Janés. «Oriente» es la narración de un viaje, de uno de los fastuosos itinerarios que llevaron al novelista por todos los confines de la Tierra. Las andanzas de Blasco Ibáñez, en busca de personajes y escenarios, se inician en Vichy, ciudad de aguas famosas y de imantado casino, para adentrarse luego hacia el Este: Ginebra, Viena, las ciudades alemanas... Y des-

embocar, por último, en los laberintos de Constantinopla, encrucijada de culturas turcas, árabes y bizantinas y punto de cruce de Oriente y Occidente. Un buen libro para viajar cómodamente sentado en un sillón de su casa, como quería Huysmans.

PROTESIS, de Andréu Martín. Premio Círculo del Crimen de la Editorial Sedmay. Narración dura de violencia y de venganza al viejo estilo de Dashiell Hammet, «Protesis» se alzó con el triunfo en la competición de los multiplicados escritores policíacos españoles. Ambientes urbanos trillados por la extrarradial, planes urdidos con astucia para la ley del talión y dos personajes —policia y delincuente, tanto monta monta tanto— que se persiguen con saña y sólo encuentran motivos para existir en la brutal pelea que les une. En la presentación de su libro, el autor declaró que escribía novelas policíacas por continuidad con su infancia «cuando jugaba a policías y ladrones».

UN BESO DE AMIGO, de Juan Madrid. Finalista del concurso Círculo del Crimen, de la Editorial Sedmay. Una pintura de un Madrid donde se cruzan el «lumpen» y las bandas fascistas, mujeres fatales y especuladores. También aquí el protagonista es un ex policía, Toni Romano, detective privado ocasional; pero se trata de un personaje capaz de mantener viejas virtudes, como la amistad, y ante cuyos extrañados ojos desfilan bastantes ejemplos de la podredumbre contemporánea. El autor, malagueño, de treinta y tres años, periodista en el semanario «Cambio 16», debuta con esta prometedora primera obra en el género novelístico.

EL NIÑO QUE HABLA, de Marcos Monfort y A. Juárez Sánchez. Editorial Nuestra Cultura. A partir de la observación y del conocimiento del desarrollo natural del lenguaje infantil, los autores tratan de estructurar ciertas actividades del lenguaje oral que permitan a los niños disponer del instrumento básico utilizado en la escuela.

PRESENTACION DE "TERRORISMO" DE WALTER LAQUEUR

El pasado lunes fue presentado el ensayo «Terrorismo», editado por la biblioteca de ciencias políticas de la editorial Espasa Calpe, en acto organizado por los citados editores y por el centro de Estudios y Difusión de los Derechos del Hombre, de la Cruz Roja española.

Las intervenciones, tanto de los ponentes como de los miembros del público que hablaron en el coloquio final, mostraron un deseo unánime de indagar en las raíces y causas de la actividad terrorista, negándose a tratarla de la manera aislada y reductora a que nos tienen acostumbrados el Gobierno, la oposición parlamentaria y la mayoría de los medios de comunicación de masas.

El psiquiatra José Luis Pinillos abrió el turno de intervenciones, señalando que el fenómeno de la violencia es omnipresente en la historia humana y que la evolución misma se ha efectuado sobre el fondo de una inmensa carnicería. A continuación examinó la ausencia de una personalidad psicológica definida entre los terroristas: ni siquiera su juventud es generalizable. Puso al etarra Apala como ejemplo: «Era un chico como los demás de su pueblo.» Se refirió a estudios sobre los criminales de guerra nazis, en los que tampoco se habían observado constantes patológicas y sí, en cambio, una aberrante capacidad de obedecer las órdenes, una insensibilidad ante la víctima; pero estos fenómenos se detectan también en otras formas de violencia. Concluyó señalando que no es posible singularizar psicológicamente la forma de violencia terrorista.

El profesor José Luis Aranguren, que se centró en un examen sociológico y moral, definió el terrorismo como «el empleo sistemático e indiscriminado de la violencia para la propagación del miedo con fines políticos». «Como tal —dijo—, el terrorismo fue instaurado como método en la Revolución Francesa y sus primeras manifestaciones se ejercieron desde el poder. Sin embargo, el empleo del terror desde el poder no busca la propagación como el terrorismo propiamente dicho y, además, tiende a justificarse y auto-absolverse. Analizó, luego, Aranguren, el carácter indiscriminado del terrorismo: no se mata a una persona por ser quien es o por lo que hace, sino por pertenecer a un determinado grupo, es decir, por ser militar, aristócrata, judío, burgués o proletario. Diversificó, a continuación, los terrorismos y señaló que, siendo todos injustificables, el más comprensible es el latinoamericano y que las motivaciones del terrorismo nacionalista tienen mayor peso que las del anarquista, mientras el terrorismo de ultra-derecha se explica desde otra mística. Refiriéndose al terrorismo etarra señaló que se ha alimentado de la idea agresiva del Régimen anterior, para el que la guerra no había terminado mientras perviviera la «anti-España», una de cuyas identificaciones fundamentales fue Euzkadi. Aquella atmósfera opresiva vivida en la postguerra por el País Vasco ha provocado que parte de su población vive todavía con una cierta conciencia de que «estamos en guerra» y de que, por tanto, como en la guerra, valen todos los métodos porque se trata de un enfrentamiento entre dos comunidades y así vemos que etarras y herederos del franquismo sacralizan la idea de patria. En el terrorismo vasco, al igual que en el irlandés, Aranguren detectó una motivación religiosa: hay una transferencia del fanatismo y la intolerancia religiosa al plano secular, que se traduce en obsesiones monotemáticas, maniqueas y mo-

nomaniacas. Terminó Aranguren señalando que, sin justificarlo jamás, hay que tratar de comprender las motivaciones profundas del terrorismo, otra de cuyas claves es la consagración heroica del terrorista en el seno del grupo que le apoya.

El teólogo P. Manuel Fraijo analizó las contadas referencias religiosas del libro de Walter Laqueur y se preguntó, después, si en el catálogo de sueños y utopías de la religión pueden hallarse explicaciones del fanatismo terrorista. En busca de respuesta, pasó revista al comportamiento de Jesús frente a la violencia y, para ello, examinó las tesis de una serie de autores que han sostenido la cercanía de Jesús al movimiento palestino de los zelotas. Tras rozar, sin excesiva precisión, el tema de los movimientos milenaristas o nativistas, terminó citando a Ernst Bloch («La mentalidad utópica entró en el mundo con Jesús»), pero sin esclarecer la relación de los fenómenos religiosos mencionados con el terrorismo actual.

El escritor Sánchez Dragó habló del terrorismo como síntoma de una gravísima enfermedad del mundo moderno. Empezó narrando una larga anécdota que le sucedió entre una tribu de cortadores de cabezas de Filipinas (de donde salió, como es obvio, lleo), pero que le sirvió para comprender que (al contrario de lo que había dicho Aranguren) las violencias de tipo idealista sí discriminan a sus víctimas y, sobre todo, que el terrorista es un idealista y no un delincuente, un loco que, como Hölderlin, está en manos de la locura por cuanto le sobra y no por cuanto le falta. Señaló, a continuación, que responsable del terrorismo es la trama material, técnica y espiritual de la sociedad actual. En medio del desmoronamiento general de los ideales, el terrorismo no es nada extraño —dijo—, sino el fruto de la misma frustración por la que el político se mete en política. Entre las situaciones que impulsan la eclosión terrorista, Sánchez Dragó destacó las siguientes: la rebelión de las criaturas de la sociedad tecnológica, unida a la fragilidad de las formas técnicas de organización social fáciles de descomponer para crear el caos (rememoró estrategias sugeridas por la literatura o por diversos grupos clandestinos, como echar ácido lisérgico en los depósitos de agua, desincronizar los semáforos, fabricar bombas atómicas en la bañera de casa); la violencia ambiente que domina por doquier —lo que llamó «el terrorismo cotidiano»— a través de las amenazas de hecatombe, las guerras reales, los telefilmes violentos, los juguetes bélicos, las cerraduras y las puertas anti-robo que la ciudadanía instala en sus posesiones (reconoció haber ejecutado él mismo tal acto de terrodismo); por último, el ponente se refirió al «terrorismo de Estados»: violencia y terror —dijo— son las imprescindibles dosis que el Estado necesita para sobrevivir, para justificar la existencia de fronteras, policías, ejércitos y toda clase de instituciones coercitivas. Citó la frase de un alto cargo de Interior en la República Federal Alemana, con ocasión de la puesta a punto del nuevo carné de identidad: «Ya tenemos fichados a los delincuentes posibles; ahora sólo falta que delincan». Se refirió también a la manera de vivir y de presentarse para su tarea de los cuerpos especiales de la Policía española, «que permanecen encerrados como Dobermans en sus cuarteles»,

y sólo salen de ellos para reprimir huelgas y manifestaciones. También el Ejército tiene —dijo Sánchez Dragó— como ideología de fondo el terrorismo: el soldado, como el terrorista, obedece ciegamente. «Todo hombre uniformado es un terrorista en potencia», añadió. Si no hubiera un «estado de guerra como telón de fondo» no habría militares, de manera que el orden necesita del desorden. Citó luego al escritor italiano Leonardo Sciascia, quien en su libro «El caso Moro» muestra cómo la firmeza del Estado para no negociar con los terroristas la liberación del mismo jefe del Estado es síntoma de la degeneración del propio aparato estatal: después de mostrarse gravemente ineficaz —dijo el ponente—, el Estado no tiene derecho a negarse a negociar, ni a comportarse como lo hizo el general Moscardó. Tras examinar dos alternativas —«sociedad del talión» y «sociedad cristiana»— a la actual organización social, Sánchez Dragó terminó citando la siguiente frase de Orwell: «Todos somos cómplices de los asesinos.»

El periodista suizo Werner Herzog habló del sistema alemán de lucha antiterrorista e hizo mención de un reciente coloquio público entre un ex terrorista y un jesuita, con el que se intentaba deshacer la ignorancia agresiva y de comprender en lo posible la mentalidad del terrorista. «Yo mismo —añadió a continuación— estudié a un miembro de ETA en su pueblo durante una temporada y he publicado ese estudio en Suiza, ya que aquí hubiera constituido una «apología del terrorismo».

El periodista Miguel Angel Aguilar cerró el coloquio diciendo que «el Estado es el menos tenebroso de los mares». Negó las alternativas apuntadas por Sánchez Dragó y dijo que él estaba dispuesto a asumir las exigencias de la democracia, porque «prefiero el Estado a la selva, aunque —añadió— me gustan las narraciones de Sánchez Dragó. Señaló luego que luchar por la democracia es trabajar para que los terroristas sean juzgados con arreglo

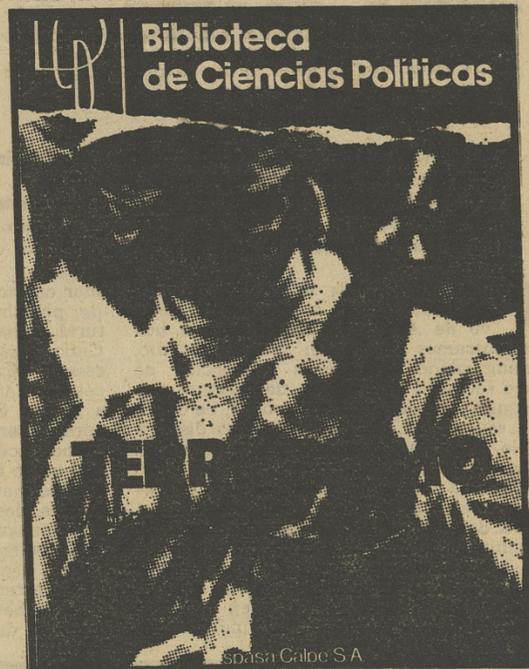
a la ley, tengan abogado defensor y haya que demostrar su culpabilidad, pero que ellos, en sus ajusticiamientos, niegan todo eso a sus víctimas. Criticó después la ausencia de debate público sobre el tema: «Suárez soslayó el asunto en las discusiones de la moción de confianza y en el Parlamento no se discute, sino que se repiten siempre una serie de ideas fijas», dijo. Vio, en cambio, positivo el hecho de que una serie de escritores, como Sánchez Ferlosio y Savater, se hubieran ocupado del tema, y señaló que el trabajo más interesante que conoce sobre el tema del terrorismo vasco es el que escribió Juan Aranzadi (colaborador de estas páginas) en «El Viejo Topo». Habló asimismo de otro importante estudio realizado en Euzkadi por el sociólogo Genovés y todavía no publicado. A continuación se refirió Aguilar al estrecho margen de maniobra de quienes quieren terminar con el terrorismo desde la democracia, ya que apoyar la moderación parece a veces inefectivo y en Euzkadi es, además, peligroso. Por último habló de la reciente reunión de un amplio grupo de periodistas en el CESEDEM con altos mandos militares y se mostró contrario a las tesis de que los medios de comunicación deban silenciar la información concerniente a los actos terroristas, salvo en situaciones de secuestro.

Un breve coloquio de escasas pero precisas intervenciones cerró el acto de presentación del libro de Laqueur, que, según opinión generalizada entre los asistentes, había servido para abrir un debate crítico y público sobre un tema doloroso y crucial en la vida del país, y que corre siempre peligro de quedar solenizado o convertido en tabú intocable merced al cerco que establecen, por un lado, las explicaciones acriticas sostenidas por los sectores oficiales, y de otra parte, las justificaciones insostenibles de quienes apoyan el terrorismo.

J. A. U.

Hablaron:

J. L. Pinillos,
J. L. Aranguren,
Manuel Fraijo,
F. Sánchez Dragó,
Werner Herzog,
y
M. Angel Aguilar



PARA EL CENTENARIO DE JUAN RAMON JIMENEZ

HABIAMOS hablado aquí de la Asociación de Amigos de Juan Ramón Jiménez, creada para auspiciar iniciativas, sumar esfuerzos e instancias para la más eficaz celebración, en el pró-

ximo año, del centenario del nacimiento del poeta con lo expuesto en la primera reunión. Tenemos ya más noticias. Por lo pronto, nuevas adhesiones: Rafael Alberti, Elena Andrés, Manuel Andújar, Luis Augusto Arcay, María Carmen Aspe, Ayuntamiento de Moguer, Marcos Ricardo Barnatán, Silvia Bermúdez Rosell, Conrado Blanco, José Manuel Caballero Bonald, Francisco Brines, Carlos Bousoño, Jesús María Cardona, Fernando de Celis, Antonio Cillero Ulecia, Sabina de la Cruz, Jesús Delgado Valhondo, Guillermo Díaz-Plaja, Gonzalo Drago, Manuel Esteban, Ernesto Juan Fonfrías, José Antonio Gabriel y Galán, Alberto García Sáez, Ramón de Garcasol, Ramón Gaya, Pilar Gómez Bedate, Miguel Gonzalvo Cuartero, Gru-

po de poesía Gallo de Vidrio, Francisco Guirao, María del Angel Iglesias, Antonio Invernón, Luis Jiménez Martos, Manuel Lombardero, María Asunción López Larrinaga, José Luis Martín Nogaes, Manolita Martín, José María Martínez Cachero, Emilio Miró, Rafael Montesinos, Rafael Morales, Mariano Moreno, Felicidad Orquín, Pedro Ortiz Armengol, María Esther Pacheco, Juan Pastor, Rosa María Pereda, Carmen Pérez Romero, M. Concepción Pérez alabardo, Mayara Tania Poblete, María Tecla Portela, Ignacio Quintana Marrero, Claudio Rodríguez, Jorge Rodríguez Padrón, Fanny Rubio, José Ruiz Castillo, Ceferino Santos Escudero, Manuel Serrano Frías, Apuleyo Soto, Andrés Trapiello, Luis Antonio de Villena y Concha Zar-

do. Identificadamente doy a anotar la declaración de los reunidos en el pasado agosto en Venecia para tomar parte en el VII Congreso Internacional de Hispanistas —procedentes de universidades de todo el mundo— que declaran: «Aproximándose el año del centenario (1881-1981) del nacimiento de Juan Ramón Jiménez, los abajo firmantes, hispanistas conocedores y admiradores de su obra declaran su interés en apoyar, promover o colaborar en actos y programas culturales que se celebren en España y en otros países.» Son 119 los firmantes. De la misma manera lo hacen, reunidos en el mismo mes, en Puerto Rico, en la asamblea anual de la Asociación Americana, los profesores de español y portugués, con noventa y dos firmas.

El secretario de la Asociación de Amigos de Juan Ramón Jiménez nos comunica que el profesor de la Universidad de California, Davis, Antonio Sánchez Romeralo, ha recibido una beca de investigación de la Pohn Simmon Guggenheim Memorial Foundation para preparar la edición de «Ideología», volumen IV de «Memorfosis», obra final de Juan Ramón y de la que ya salió el primer volumen, «Leyenda» (Madrid, Cupsa, 1978), también preparada por el mismo profesor. Actualmente, en Madrid, Sánchez Romeralo está dando un seminario sobre «La poesía de Juan Ramón Jiménez» (lectura con especial atención a su obra última) en la Cátedra Seminario de la Universidad Complutense. Sánchez Romeralo también ha sido in-

vitado para dar una conferencia sobre el poeta de Moguer en la Universidad de Tübingen (República Federal Alemana) en una serie de actos sobre temas de Hispanismo, organizada por la Asociación Alemana de Hispanistas.

COMO decíamos aquí recientemente, en la reunión que el nuevo ministro de Cultura, Iñigo Cavero, ha tenido por primera vez con informadores y responsables de los espacios culturales en los medios de comunicación, se trató del centenario de Juan Ramón Jiménez, al que el Ministerio anunciaba prestar su apoyo, junto a los de Picasso, Eugenio d'Ors, Calderón y Santa Teresa, que tendrán lugar en el mismo año.



Escribe José AYLLON

MANUEL ANGELES ORTIZ

En el Museo de Arte Contemporáneo de Madrid se exhibe una exposición antológica de Manuel Angeles Ortiz, pintor poco conocido entre nosotros, dado que gran parte de su trayectoria artística se ha desarrollado más allá de nuestras fronteras. Las circunstancias; culturales, primero; políticas, después; lo mantuvieron alejado de nuestro ámbito artístico, si exceptuamos una importante exposición que, patrocinada por la Fundación Fina Gómez de Caracas, celebró hace unos veinte años en las salas de Recoletos, de la Dirección General de Bellas Artes. Pero en ese momento nuestro medio artístico, muy escasamente informado y en plena exaltación de los valores puramente nacionales, no era el más idóneo para captar la significación de su obra.

Con sus ochenta y cinco años, Manuel Angeles Ortiz es en la actualidad el pintor español más representativo de las llamadas Escuela de París, en el período de entreguerras, aunque haya realizado su obra más importante y original a partir de los años cincuenta. Porque, si bien nunca alcanzó esa resonancia universal que lograron Miró y Dalí, su vida y su obra definen más exactamente esa época.

Manuel Angeles Ortiz es, ante todo, hombre de su tiempo y lo vive intensamente. Nacido en Granada a fines del siglo pasado, tiene la oportunidad de participar en el excepcional ambiente artístico que durante el primer cuarto de siglo se forma en esta ciudad, y que dominan las figuras de Falla y García Lorca. Acorde con el momento, pasa por una temprana formación académica y, tras una breve estancia en Madrid, como tantos otros artistas de su generación, se traslada a París en busca de horizontes amplios más afines a sus inquietudes. Estamos en el año 1922, y la capital de Francia que acuden fervorosamente a esta Meca del acoge generosamente a los jóvenes artistas siglo XX desde todos los puntos del globo.

El grupo español, muy numeroso, se beneficiaba de la personalidad arrolladora de Picasso, ya por aquel entonces maestro indiscutible para esta joven generación que sigue entusiastamente sus innovaciones plásticas. Manuel Angeles Ortiz lo conoce y este encuentro marcará decisivamente su pintura, hasta el extremo de que jamás podrá desprenderse totalmente de la influencia de su genial paisano. Sigue paralelamente su evolución y se interesa en especial por el cubismo, acuyas aportaciones se mantendrá siempre fiel.

Es curioso constatar la estrecha dependencia que se observa en la obra de Manuel Angeles Ortiz con respecto a Picasso y París. Así, en la década de los cuarenta, durante su estancia en América del Sur, adonde emigra por causa de nuestra guerra civil y la segunda guerra mundial, vuelve a una pintura más conservadora, próxima a su período de los años diez, de la que no se nos muestra ningún ejemplo en esta exposición.

Sólo a su regreso a París, el año 1948, reemprenderá su anterior búsqueda plástica. Pero, como típico representante de su época

de la Escuela de París, nunca dejará de necesitar una referencia figurativa como apoyatura en su trabajo.

En los años cincuenta, se interesa por recrear libremente las posibilidades de una interpretación formal de la figura humana y, especialmente, del rostro. Sin embargo, hay una característica que permanece invariable en la obra de Manuel Angeles Ortiz: jamás deforma el modelo elegido.

Sus incursiones en el mundo de la invención de las formas, siempre han mostrado una intención liberadora de su contorno objetivo, pero, probablemente por su formación clásica, no pretende recurrir a la

fácil desmesura, que tan pródigamente se ejercita en estos años de postguerra.

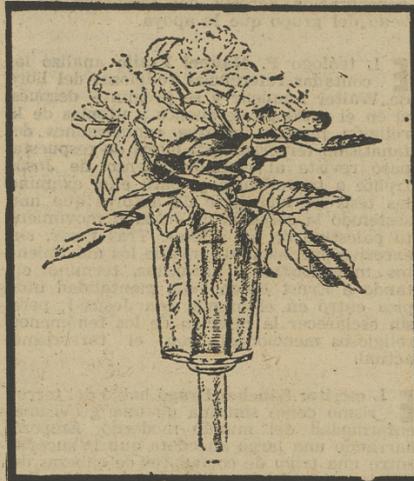
Este respeto sustancial por la imagen del ser humano, símbolo de su dignidad, sólo puede atribuirse al apasionamiento que pone en todos los actos de su vida. Pintor más intimista que Picasso, lo que pierde en densidad lo gana en evocación, en ensueño. Ama a las cosas, tal y como son. No se interroga sobre ellas. Actúa instintivamente, sin especular sobre la posible repercusión de su actividad.

Pintura de evasión, de encanto, nos muestra unos personajes, casi siempre únicos, que desbordan ternura, porque su adentramiento se ha hecho con cariño. Por eso su aproximación a la realidad nunca podrá acercarnos.

Sus dotes de observador, de captador de sensaciones, su personal camino para transmitirnos su realidad, se evidencia en sus series sobre el Albaicín, que desarrolló intensamente a principios de los sesenta. En ellas fuerza la irrealidad contenida en su antigua Granada. No son una representación, sino unas vivencias. Es una leve apoyatura para recuperar ciertas emociones del pasado, y que en la plasmación poética esta irregularidad encuentra su más exacta correspondencia.

Con los años se ha ido acetuando su tendencia a la aparición. En estos últimos tiempos, sus personajes, sus series de cabezas múltiples, sus paisajes, se sienten cada vez más interpenetrados por la atmósfera que los rodea, menos concretos. Se diría que tienen miedo a salir de esta bruma que los envuelve y que también los distancia. Los objetos pierden su agresividad, dejándoles solamente una enorme y resignada tristeza.

Es una maravillosa manera de despedirse conscientemente del mundo. —



PREMIO "IBIZA GRAFIC 80"

AMADEO Gabino, que acaba de recibir el premio Ibiza Grafic 80 en la IX Bienal Internacional, expone ahora en la madrileña Galería Rayuela, una importante muestra de sus más recientes esculturas, dibujos y «collages». El crítico Eduardo Westerdahl analiza en este artículo la obra de Gabino.

La impresión que se recibe ante estas cajas, torres o cuadros en relieve de Amadeo Gabino, es que nos encontramos ante un mundo distinto, inaugurando una nueva concepción de una sociedad tecnológica, de apertura maquinista, de intervención urbana. Se opera de esta forma una comunicación distinta a la habitual. La escultura presenta una cuestión otra.

Junto a dos viejos metales como el hierro y el latón, Gabino incorpora a su obra dos elementos nuevos, el acero y el aluminio, nacidos industrialmente, como es sabido, en la segunda mitad del siglo XIX. Y aun el hierro, como aplicación escultórica, se encontró en las manos de Julio González al término del pri-

mer cuarto de nuestro siglo. La aplicación de planchas metálicas ha tenido su natural desarrollo, desde Moholy-Nagy, Gabo, Pevsner, Calder, Bill hasta Bloc, César, Chadwick, Lardera, Schöfer, etcétera. También entre nosotros tenemos a Alfaro, Chirino, Fajardo, Serrano, Sempere, Rivera, entre muchos otros que han hecho incursiones al aluminio, al cobre y al acero inoxidable. Los nuevos materiales que, naturalmente, no están limitados a éstos, despiertan una innovación frente a los antiguos ejercitados por la escultura, como la madera, el mármol y el bronce.

Pero dentro de esta nueva operación de características universales y activas, como lo hemos podido constatar en obras recientes de Nierhoff, Rabonowild, Reine-

king Rinke, Serra... (observado en Documento 6), lo que sorprende, repetimos, en la obra de Gabino, son estas características especiales de estructuración del material, de clara fuente constructiva y hasta de vinculación o influencia natural. Es un fenómeno tecnológico que se vierte en diferentes ramas relacionadas con el ecologismo en lo que tiene de la llamada unidad funcional entre la naturaleza y la sociedad. Los nuevos aviones (el Concorde, el Túpolev, adquieren más que nunca formas de gigantescos pájaros; sobre la observación de variados cantos de estas aves Oliver Messiaen acaba de declarar la influencia de la ornitología en sus obras musicales. «Soy capaz de reconocer en su canto —ha dicho— un Mozart y un Debussy»).

Este regreso a fuentes naturales va más allá de la copia de la naturaleza: Messiaen dice que los sonidos son colores; Kandinsky dijo que los colores eran sonidos. La Naturaleza se funde en las artes con una nueva fisonomía.

Y así en estas torres, en esta obra, verdaderamente impar de Gabino. Sus construcciones se remiten a escamas o pétalos superpuestos, curvados en estructuras naturales. Las piezas metálicas hacen un connubio con el paisaje a base de reflexiones. No es espejismo. Es una nueva versión de la naturaleza. La obra aparece animada por el color y el movimiento externo. La obra viene a ser una síntesis radiante, dentro de la aprehensión y el rechazo.

A nuestro entender la obra de Amadeo Gabino está proyectada hacia el futuro dentro de unas bases que tratan de establecer un sistema unitario con la Naturaleza, con una nueva sociedad. Los elementos ordenadores del neo-plasticismo cobran aquí una nueva dimensión: la de totalizar la visión: el movimiento, la luz, el color, es decir, la recreación de la Naturaleza, dentro de nuevos procedimientos científicos, como pensó Kandinsky y como piensa Messiaen.

GABINO, MUESTRA EN MADRID

Escribe Eduardo WESTERDAHL

PINTURA GOTICA EN LA CORONA DE ARAGON

POR qué no interrumpir nuestra crónica de la todavía joven temporada de exposiciones en Madrid —tan sugestiva, por otra parte— en beneficio de una excursión que nos lleve hoy fuera de la Corte? Vámonos este sábado a otros lugares y a otros tiempos alejados de la posmodernidad o de la neomodernidad que algunos intentan proclamar. Nos invita la exposición Pintura Gótica en la Corona de Aragón (1), que estará abierta hasta el próximo día 10 en el Museo Instituto de Humanidades Camón Aznar, de Zaragoza.

PERMITIDME pues, que deje entre paréntesis a los jóvenes pintores de la Madrid D. F. en el ático del hospicio madrileño y que posponga el ejercicio de su detallada mención, así como la de la obra de Orcajo, vista desde sus últimos seis o

siete últimos cuadros, para tratar de hallar a qué lugares coincidentes y a qué perspectivas distintas han arribado por su parte los jóvenes artistas de la escuela de Madrid y, por la suya, el maestro que estrena su madurez de pintor. A Broto, que ha inaugurado temporada y galería (Central) cofrade de la misma tropilla que los D. F. Ochentas, de quien debo ocuparme, habrá de comparar solamente consigo mismo con su anterior etapa. Coincide en esto, adelante, con sus comilitones; en haber hecho notables progresos en el año que separa esta exposición de aquella en Juana Mordó que se llamó 1980.

TAN sorprendente como la de Broto es la maduración de Campano, Alcolea y Enrique Quejido. En Pancho Ortuño —pintor que nació sabiendo— resalta

más la evidencia de su profundo «sentimiento» visual...

NO SE PUEDE GENERALIZAR

LA exposición zaragozana regala el deleite de volver sobre la sensibilidad de una época y unos países lejanos; cultivada por una legión de pintores cuya noticia completa (por desgracia es escasa la supervivencia de la obra), emula, si no supera, la de los poetas y prosistas del mismo período. El que del siglo XIII al XV la exposición divide según los tres estilos de la pintura gótica española en general y la catalanoaragonesa en particular: italogótico, internacional e hispanoflamenco. De cada una de las tres etapas hay muestra intensiva, y si bien están ausentes algunas de las grandes figuras, la escasez queda compensada por la presencia de cuadros

fundamentales en la historia del arte. De todas formas en Zaragoza está ahora el recuerdo del Duccio y del Giotto a través de Arnau Bassa y Jaume Serra. La ponderada manera internacional de Lluís Borrassa, el encanto de Antonio Peris, la elegancia de Góngal Peris y del exquisito Jaume Huguet, la eficacia expresiva del granadino Bartolomé Bermejo en sus trabajos ejecutados para la corona de Aragón.

SUGIERO al aficionado que ante estos cuadros piense en el movimiento de péndulo que nuestra pintura mantiene entre Italia y los Países Bajos, característica que pudiera ser una constante secular más que una circunstancia del período expuesto. Confieso que en ocasiones como ésta me pregunto por el misterio de la no mu-

dejarización de nuestra pintura en un momento justo en el que está fundiendo el mestizaje hispánico no sólo en la arquitectura y en las artes decorativas, sino en la propia filosofía, mas no en la pintura. No voy a referirme a Toledo —que cae un poco a trasmano de esta exposición—, pero sí, aunque de pasada, al mudéjarismo de Lull. ¿En qué plano se produce el sincretismo —que lo hay— de aquella pintura? No, desde luego, en el estilístico, y sí, quizá, en el iconográfico y en el simbólico. Y quién sabe —ya digo, no trato más que sugerir un par de ideas que duren, al menos, lo que una visita a la exposición y no de generalizar— si de estos misterios apuntados depende el secreto todavía vivo en la tradición de nuestra pintura: nuestro pensar en términos de pintura occidental problemas y pensamientos exóticos, tan



«Sufies», tan orientales... No tengo otra manera de decirlo: tan españoles.

SANTOS AMESTOY